30

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR

Ediciones UVE

30 BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 40.783-1981.
ISBN: 84-7526-021-7.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO





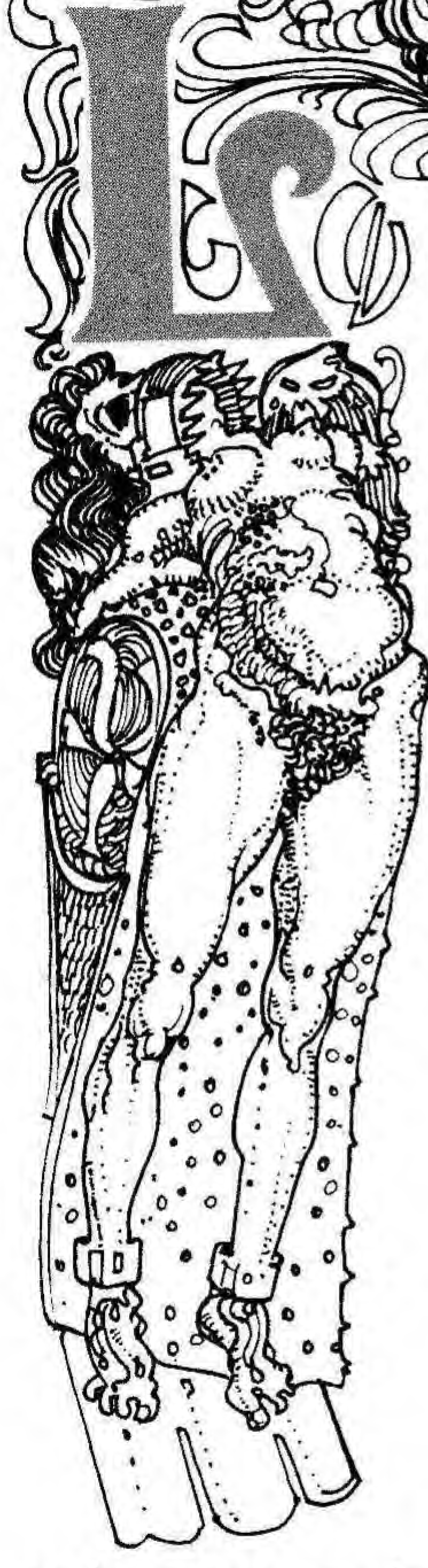
Las sombras de Nathan Ketchum

VB

Las sombras de Nathan Ketchum

Manolo Marinero

Le visitaban por la noche y le acosaban con sus carcajadas horribles, estridentes como aullidos... Un viejo hechicero le había contado que, a cada hombre, le persiguen las sombras de los que ha matado...



LES da igual que haga frío o calor. Si hay tormenta no vienen, porque saben que él me deja acostarme en su cama. Pero cuando hay solo lluvia les debe molestar el ruido en las lápidas y viajan para donde estamos casi siempre.

Ellos salen de sus tumbas por la noche. No les gusta ser vistos. Vienen a ver a mi abuelo, toman de la botella y charlan con él y se van. Nunca abren la puerta de mi habitación porque creen que me darían miedo. Dos o tres no me lo darían. Sé que algunos como Trigger Flint y como Cherow Bowen vienen con forma, con su cuerpo más o menos estropeado (Cherow le visita con su agujero negro en el corazón) y los otros aparecen sin forma. Esos puede que sí me dieran miedo. No son invisibles del todo, pero no sé qué se ve de ellos. A veces le traen regalos. Otras le riñen, o disputan, o le hacen reproches en voz baja, y abuelo les contesta gritando. En ocasiones se excita tanto, que ya no puede dormir o volver a dormir cuando se marchan.

Cherow Bowen era el papá del hombre que nos persigue.

Hace mucho tiempo un hechicero soshone le

contó a Nathan Ketchum, que es mi abuelo, que a cada hombre le siguen las sombras de los que ha matado, si es que no ha sido en una guerra. Pero esto no le vale al abuelo. Me dijo que los del Norte llevaban la razón, pero los del Sur le eran más simpáticos. Así que no hizo la guerra.

Me gustaría decirle al hijo de Cherow que no mate nunca al abuelo. O que, si se empeña en matarle, que no le mate por ahora.

* * *

Anoche vino el mejor amigo de mi abuelo, Moab Ouray. Estuvieron en una misma diligencia, en el pescante, varios años juntos. Y luego se hicieron malos a la vez. Pero el abuelo Nathan se hizo después otra vez bueno.

A Moab Ouray le habían ahorcado sólo tres días antes.

No sé por qué el abuelo quiso presenciar su ejecución en Abilene, y tuvimos que recorrer tantas y tantas millas a través de la pradera para eso. Aunque fuéramos en tren. Nathan no me dejó ver el asunto, pero yo tampoco quería verlo. Me quedé en la habitación del hotel, con galletas y medicinas. Pero sí vi desde el balcón a toda la gente yendo a mirar cuando colgasen a Moab Ouray.

* * *

Mi abuelo Nathan Ketchum es un hombre estupendo.

Era muy valiente y cuando tenía un año más que yo mató a un indio. Luego a más gente, a labradores, asaltantes de diligencias, pistoleros, indios y suecos. Y a Cherow Bowen, cuando quiso lazarlo. Esa es la muerte que más tiene que lamentar. También mató a mis padres.

* * *

Mi abuelo antes no lloraba nunca. Cuando bebía al principio y todo el tiempo que estuvo sin beber. Le daba igual haber matado a Trigger Flint cuando éste se quiso quedar con la mina para él solo.

Pero hace un año y medio que decidió que podía cuidarme y beber por las noches a un tiempo. Desde entonces tiene a veces pesadillas, y se acuerda de mi abuela y de que apenas vivieron juntos, y cree que se va a ir al infierno por haber hecho demasiados pecados.

Hace algún tiempo un predicador le explicó a Nathan Ketchum que a cada persona le siguen sus pecados como un cartel en la espalda que le llevará derecho al infierno, mientras no deje de cometer todos. Pero en mi último cumpleaños mi abuelo estaba contento y me dijo que los predicadores tienen razón, pero que le caen más simpáticos muchos pecadores.

* * *

Mi abuelo antes no lloraba nunca. Me juró que no había llorado más de dos veces desde que tuvo memoria.

Ahora es menos fuerte. Sabe que ya no podrá nunca enfrentarse con varios pistoleros a la vez. Y a lo peor, ni a uno solo. Le he pegado la enfermedad del pecho y tiene 64 años.

Por todo eso escapamos.

* * *

Anoche le oí gritar:

—¡No volváis más! ¡No quiero estar más con fantasmas! ¡Me volvéis loco! ¡Venid de día si podéis, condenados!

Cuando mi abuelo Nathan dice condenados, se refiere a los que van a ahorcar o a los que están viviendo en el infierno.

Me da mucha pena. Pero, aunque el piensa que pronto se irá con ellos, yo sé que no irá al infierno.

Ni siquiera por delatar el paradero de su amigo Moab Ouray al sheriff de Abilene, en una carta que yo leí a escondidas.

* * *

No me lo dice a mí, pero le escucho gritar y protestar en cada cuarto de al lado muy asustado las noches que piensa que le echarán al infierno. Ahora viajamos y paseamos siempre juntos, como antes, pero en los hoteles alquila dos habitaciones con puerta en medio. Una para Evelyn y para mí. Está atento a si toso o escupo sangre o me duele la cadera.

Si el hijo de Cherow Bowen conociera a mi abuelo Nathan, no se vengaría de él por aquello de hace tanto tiempo. Si sólo me conociera a mí, se esperaría un par de Navidades a vengarse. Pero no nos conoce bien.

* * *

Nunca hemos estado junto al mar ni las montañas con nieve, aunque Nathan Ketchum siempre me ha llevado consigo a donde escapa. Si fuéramos a vivir Evelyn, él y yo al lado del mar, sería muy malo para mí. Ya estaría muerta. Pero no voy a durar mucho. Si fuera a durar lo normal, no me habrían quitado el pie y luego la pierna. Pero si no me los hubiesen cortado, ya me habría muerto. Me dan más miedo las iglesias que los cementerios, que están al aire libre. Ya me ha dejado de doler la pierna que me falta. Sólo me hacía mucho daño al principio de no tenerla. Ahora sólo me duelen los pulmones y la cintura, pero menos.

Si no me moviera de un sitio muy seco me curaría. Eso dijo un médico. Creo que Nathan piensa que lo de los huesos va más deprisa, y me lleva de una estación para otra, a que me miren los médicos de los pueblos más grandes, con más aparatos en sus cuartos.

Me llamo Hildy Ketchum y tengo trece años y

medio. Cuando me hiciera mayor mi cara no les gustaría a los chicos. Pero nunca llegaré a ser mayor.

* * *

Son siniestros. Cherow Bowen le dijo riendo a mi abuelo que si su hijo Wheaty no le mandaba al infierno, entonces no lo podría hacer el mismo Lucifer. Trigger Flint también se reía. Eran carcajadas horribles, estridentes como aullidos. Y oí llorar a mi abuelo antes de que él también se pusiera a reir muy rápido, sin estar contento para nada.

Si siguen visitándole de noche, se volverá loco de verdad.

Debe ser más de sufrir morirse loco que de gangrena, de tuberculosis o de tisis. Por lo menos, la fiebre de mi abuelo es peor que la mía. El sepulturero de donde está la lápida de Cherow Bowen, que una vez visitamos, mentía peor que ninguno que yo haya conocido, cuando me dijo que nadie muere de gangrena después de la guerra. No se tienen demasiadas cosas en el cuerpo. Si se las van cortando una a una, se acaban.

* * *

No sé cómo habría tenido que apellidarme. Me gusta llamarme Hildy Ketchum. Hildy me lo puso mi abuelo.

Un día, el verano pasado, mi abuelo estaba muy borracho. Me contó que mató a mi padre hace catorce años porque no se quería casar con mi madre, que era hija suya. No me dijo más, pero yo algo había oído.

Cuando se levantó, ya despejado, me dijo que era mentira, que nunca conoció a mi padre, que este sí se casó con mi madre y luego le mataron los mescaleros apaches. Pero lo de la mañana era un cuento y lo primero era la verdad. Al hablarme tosía y se ahogaba. Se le nota más que a mí.

Si estuviera sano, no estaría huyendo de Wheaty Bowen. Además, como mi abuelo no conoce al hijo de Cherow Bowen y Wheaty sí sabe cómo es Nathan Ketchum... Lleva las de perder y le tiene miedo a casi toda la gente joven. Siempre está esperando llevarse un tiro de cualquier desconocido. Piensa que el que le persigue debe ser alto, flaco y rubio como Cherow, pero así hay muchísima gente.

* * *

El sheriff de aquí es amigo de mi abuelo. Les escucho. Le dice que nos quedemos en Laramie. Si aparece Wheaty Bowen le encierra. No tiene ninguna fotografía de Wheaty y no puede hacer un dibujo porque no sabe dibujar ni un árbol. Le contesta que nos iremos. El sheriff dice que entonces pasemos por Denver, que allí hay un hospital moderno. Y que el sheriff de Denver también es amigo de ellos. Nathan se acuerda también de ese.

* * *

Mi abuelo estaba demasiado dormido y demasiado borracho para despertarse, hacerles caso y tener miedo de ellos. Escuché sus pisadas. Entraron en mi habitación por primera vez. Cherow Bowen es muy grande, y tiene la piel azul como los cadáveres de los ahorcados. Me apretó con dedos largos la garganta para estrangularme. Luego me apretó el pecho para sacarme sangre por la boca. Goteaba él una sangre podrida de horrible sabor, que dejaba caer despacio desde su agujero sobre el cuajarón que me subió de la garganta hasta salir a los dientes por la punta de la lengua. Cuando le empujé, me quitó a mi muñeca Evelyn de la cama y la estrelló, lanzándola atrás, contra la cómoda.

Desapareció antes de que entraran los del hotel. El y los demás espectros. Oí sus pisadas mientras huían por el corredor. Los del hotel recogieron del suelo a

Evelyn, rota, y me intentaron consolar. Me dio mucha vergüenza que tardaran en despertar a mi abuelo, debido a su estado. Tan deshecho estaba que le oculté lo del ataque de aquel repugnante cadáver que él mismo había agujerado. Me dieron agua con limón para la fiebre. Y poco a poco se me fue el sabor asqueroso de la sangre de aquel monstruo enterrado hace tanto.

Evelyn era más guapa que yo y tenía dos piernas y dos pies. Creo que dormiré mucho peor a partir de ahora. Me van a dar angustias no estar con Evelyn y el que sé que Cherow Bowen volverá por mí. Si viene a llevarme con él, a su horrible tumba, cerrada con la lápida estrecha, a estar apretada junto a su carne corrupta, a que los gusanos que le comen pasen de su cuerpo al mío, a la piel rosada del muñón bajo mi falda... Me llevaría en camisón...

...Y no estuvo solo. La cara de Trigger Flint se reía al espiar lo que me hacían. La misma de entonces, de la fotografía en la boca de la mina. Es natural porque como ese minero de huecos entre los dientes está muerto, no ha podido envejecer durante todo ese tiempo.

Y los otros movían las paredes y la cómoda, acercándolas a mi cama, a mí. Querían marearme. O aplastarme. Que viese las paredes fuera de su sitio. Las paredes de la habitación tan pequeñas como las de un nicho donde una ya no se va a volver a mover. Con el techo a un palmo de los ojos cerrados para siempre.

Y ellos empujaban las paredes hacia atrás y el techo hacia arriba hasta que la habitación se vio tan grande como una iglesia oscura, sin ventanas o con ventanas diminutas...

Pero me pusieron algo con el agua de limón, y se me pasó la opresión del pecho y de la garganta y respiré cada vez mejor y me dormí.

Aunque soñé que un pistolero quería matar a mi abuelo Nathan a oscuras, sin tener que verme, y de espaldas, para que yo no le pudiera ver la cara. Se

llamaba Wheaty Bowen y era de verdad Wheaty, el de ahora, pero también era mi padre, que fue enterrado cuando aún yo no había nacido.

* * *

Por un lado no quiero que Wheaty Bowen descubra a mi abuelo y le mate. Sería después una soledad terrible para mí, aunque no fuera por mucho tiempo. A la gente le asusto. Sólo los empleados de tiendas, hoteles y trenes me tratan con cuidado. Sólo ellos no me miran al hueco de la pierna. Y nadie de la familia quiso nunca ocuparse de mí, más que Nathan. Ni sus hermanas ni su hermano. Mi madre no tenía ningún hermano. Por eso Nathan lleva tantos años como tengo yo sin ver ni escribir a ningún Ketchum. Por eso y seguramente porque ellos adivinan que fue capaz de hacerle a mi madre lo que le hizo, aunque se lo hizo a solas y nadie se enteró. Pero los hermanos de Nathan no han debido querer tampoco que él siguiera viendo a sus sobrinos.

Por otro lado, si matan al abuelo de un tiro, de repente, él no tendrá tiempo de sufrir pensando que va al infierno. Pasará a la nada sin sufrimientos. Aunque quizá también se vuelva un fantasma y se dé salidas nocturnas a visitar a Wheaty Bowen.

* * *

He registrado la chaqueta, cuando él estaba abajo, en el bar del hotel, en chaleco. En un bolsillo está la tarjeta del hospital de aquí. Yo tenía razón. Seguro que las enfermeras también tienen mi nombre apuntado y que el sheriff de aquí les avisará dónde estoy cuando maten al abuelo Nathan. Quiere que entonces se encarguen de mí. Si no, no habríamos venido a Denver, donde hay demasiada gente.

* * *

Hemos llegado a nuestra meta, la estación termal de Colorado Springs. Muy buen sitio para tuberculosos. Y me va a ver el doctor... no recuerdo su nombre. Un médico muy famoso de huesos.

Desde el asalto de Cherow Bowen, he pedido al abuelo que durmamos en la misma habitación. No hay ningún inconveniente. Me ha prometido un piano. Antes de que visitemos la consulta, porque sabe que si me lo regala después, yo sospecharía el peor de los diagnósticos. Me mentirá de todos modos, diga lo que diga el doctor. Siempre quiere protegerme y que todo me resulte menos desagradable. El perdió el respeto de los pistoleros desde que vivió continuamente con una nieta. Ha dejado de matar gente y de jugar como antes lo hacía. Y tiene una mina de plata. Un filón muy profundo por el que murió el codicioso Trigger Flint.

* * *

Han visto a Wheaty Bowen muy cerca de aquí, en Cripple Creek, por donde está la mina del abuelo.

Echo de menos a Evelyn.

Nathan Ketchum está muy nervioso. Me levantó la voz, sólo para corregirme y precisar que tiene varias minas, no una sola. Me revela que, si mató a Cherow Bowen, fue porque estaba arrastrando con un lazo a su amigo Moab Ouray. Y éste no se había atrevido a defenderse. Y luego, estando Moab fuera de la ley y en acción y contando solo 58 años se negó a unirse al abuelo contra el vengativo Wheaty. En seguida me volvió a hablar del piano.

Porque sé que no nos marcharemos de aquí por un tiempo, también sé que se pondrá a beber duro. O me quedaré sola. De improviso he descubierto que él me estaba estudiando la mirada. Creía que yo observaba cómo le tirita el pulso en los dedos. Sé que siente una constante presión, verdadero pánico, pero él se ha apresurado a decirme agresivamente que no le conozco. Que nadie se tomó la molestia de cono-

cerle ni por dentro ni en superficie. Sólo su irritación nerviosa ha impedido que se le saltaran las lágrimas. Ha dado un puñetazo en la mesa y ha gritado:

—¡Malditos chulos Bowen! —luego, en voz baja, sin referirse a mí— ...Hildy...

* * *

Wheaty Bowen está en Colorado Springs.

* * *

He regresado de un paseo con la telegrafista del hotel. Oímos disparos en una bocacalle polvorienta. Los hombres que fumaban o charlaban parados en los soportales de la calle principal se quedaron mirando a los recodos del callejón. Después de una pausa en que no se escucharon más balazos, todos entraron allí con paso ansioso aunque medido. No pude evitar el pensar en Wheaty Bowen. La telegrafista insistió en que no tiene nada de extraordinario un tiroteo fuera de la calle principal, en Colorado Springs.

En el porche del hotel escuché: —... pero Wheaty es aún más audaz que Hickok...

La telegrafista hizo que me subieran en brazos por la escalera, mientras ella me llevaba la muleta.

Encuentro en estado ruinoso a Nathan Ketchum. Ha bebido más de lo necesario para no poder tenerse en pie ni salir de nuestras habitaciones. Tartamudea al hablarme del piano que me va a comprar. Oscurece. Enciendo el quinqué y el precioso candelabro de cobre. Figura un relieve de Diana Cazadora. Desnuda. Un desnudo bonito, perfecto.

Abuelo me abraza y me hace por segunda vez la confesión. Mató a mi madre en mi tercera noche de vida. Con un disparo de rifle al corazón. Iba siguiendo a su hija Ethelvine para darle dinero y vivir con ella. La chimenea estaba encendida pero Ethelvine no estaba en la granja. La sorprendió de noche, cuando regresaba de dejarme en medio del bosque.

Se desploma sobre la colcha después de contarme que va a salir a la calle a por el hijo de Cherow Bowen. Quiero maldecirle y no puedo. El saca la Medalla al Valor de Cherow Bowen. Escupe en ella. Se ríe de la batalla de Rappahannock. Canta que ya no tiene amigos porque les ha matado. Tirita.

* * *

Llevamos dos días sin salir del hotel. Nos suben las comidas en una bandeja. Pero administro mis calmantes a Ketchum, mi padre. Paso el día levantándome el camisón ante el espejo. Pefecto. Cuando oigo pasos en el corredor, me coloco detrás de la puerta.

Creo que viene. Debe ser él. No se usan muchas botas de tacón alto dentro del hotel. Las pisadas han llegado a la altura de nuestra puerta.

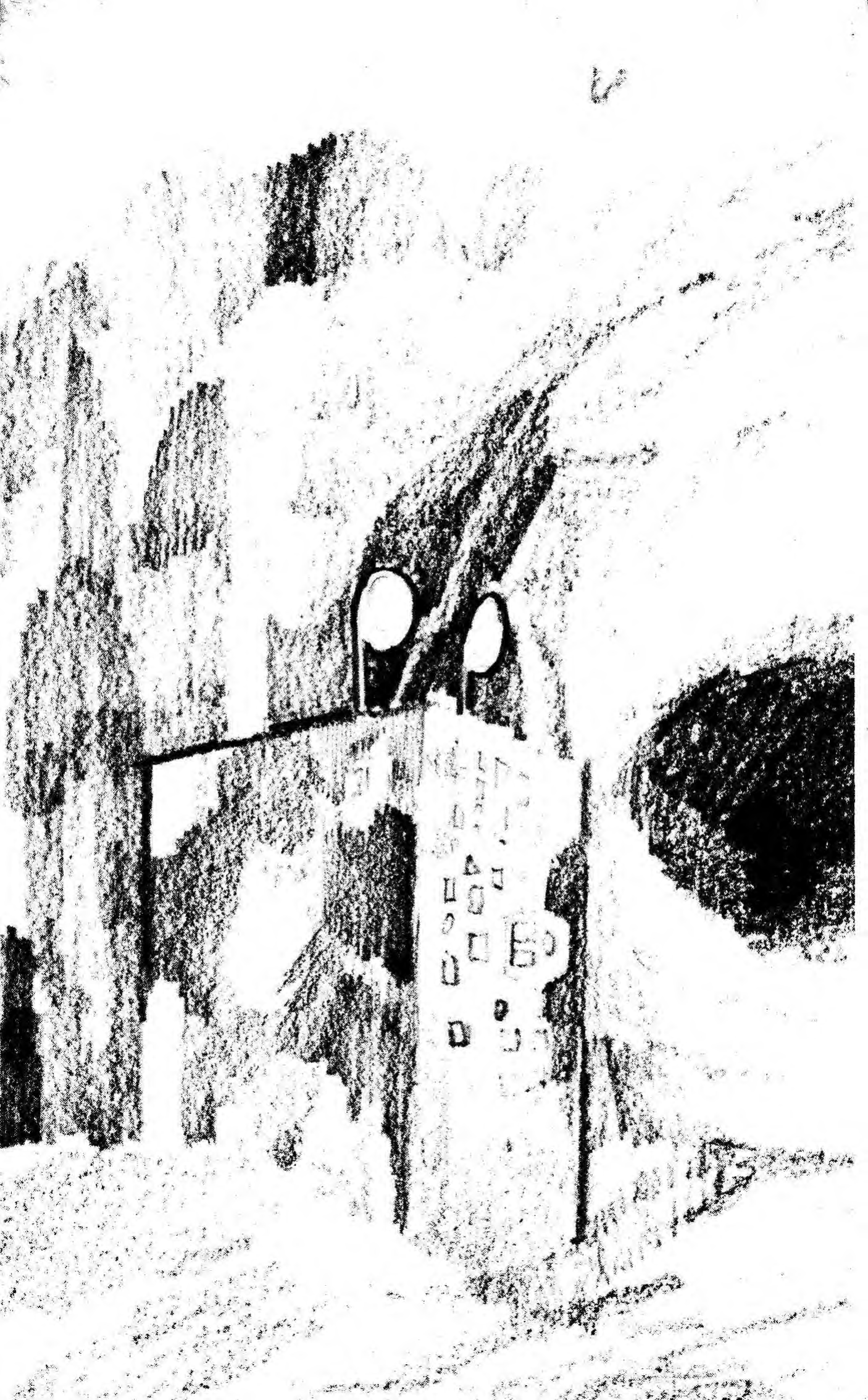
Le dejo abrir la puerta entornada, husmear y dar dos pasos adelante. Entonces cierro de golpe la puerta tras él. Ha tenido la reacción que yo calculaba. No ha podido evitar distraer una mirada de náusea sobre mi desnudez, sobre mi muñón. Al retroceder y retirar la cara cerrando los ojos le golpeo con la Diana de cobre. Se tambalea. Me agarro con la izquierda a su ropa para sostenerme, mientras sigo golpeándole. Se dobla, cayendo de rodillas arrastrándome. Su Colt Peacemaker resbala por el suelo. Aplasto la cabeza del condenado Wheaty Bowen. Para ser la impresión que se ha llevado de esta vida al infierno, ha sido una fuerte, desagradable, preparadora visión la que le he ofrecido. Tiene los ojos de un buho muerto en una rama por congelación. De fantasma. Que me visite cuantas veces guste, si se atreve.

Estoy llorando hasta que oigo gruñir a Nathan Ketchum llamando a su esposa perdida, Hildy. Me incorporo y camino hacia él con mi muleta.

Me siento al borde de la cama. No le puedo subir a ella. Pesa demasiado para mí. Está sentado en el suelo. Recita cuánto y qué nítidamente recuerda la

belleza de mi abuela. Recojo su cabeza en mi regazo de modelo especial. Acaricio sus cabellos blancos como la nieve recién caída. El busca mi mano acariciadora con la barbilla. Yo no me muevo. Habla del piano. Yo observo que afortunadamente el entarimado está inclinado hacia adentro y hacia adentro repta lentamente, sin dirigirse al pasillo por debajo de la puerta, la odiosa sangre de un Bowen. En realidad, lo observo con bastante indiferencia. Nathan Ketchum deja de canturrear. Duerme. Me duelen los riñones en mi postura con el paso de las horas. Abuelo da un estertor. Gracias al azar, le tenía cogida una mano con una mía. Estaba con él cuando dejó de respirar. Ha muerto. Se me saltan las lágrimas. Ketchum, esa es mi sangre. Soy el último de ellos, de los que fueron buenos. Ketchum. Si digo la verdad, nunca me gustó cómo suena. Tengo que ser más valiente. Tengo frío. Se me ha dormido la pierna.







Encuentro en las profundidades

Encuentro en las profundidades

Carlos Saiz Cidoncha

La «cosa», que encontró en las recónditas simas de aquella caverna, le ofrecía todo cuanto un ser humano puede esperar de la vida: riqueza, éxito, mujeres, longevidad...



HABÍA penetrado más que nunca en aquella inexplorada caverna, a profundidades hasta el momento jamás alcanzadas por él mismo, y probablemente por nadie más. Se hallaba en galerías donde el mismo aire sofocaba como si fuera ajeno a la suave atmósfera de la superficie.

El era un gran espeleólogo, y por eso mismo sabía hasta donde podía llegar. Hizo una señal en la pared, a manera de signo de victoria, y se preparó a seguir la cuerda en dirección contraria, para salir a la superficie.

Y fue entonces cuando vio la luz.

La luminosidad de su propia linterna estuvo a punto de ahogarla; apenas si pudo advertirla con el rabillo del ojo. Pero se dio cuenta, y para estar aún más seguro, apagó la linterna por un momento.

Sí, allí estaba. Un leve fulgor azulado llegaba de lo más profundo de la caverna, del lugar a donde se hubiera dirigido de no decidir dar media vuelta.

¿Una luz azul en aquella caverna?

Decidió ir a investigar. No sin cierta aprensión abandonó el cabo de la cuerda y se internó en territorio desconocido, con la linterna apagada para no perder el fulgor azul.

No, aquello no podía ser una salida al exterior a aquella profundidad. Tuvo un instante de inquietud, pensado en algún posible peligro, en alguna hipotética amenaza subterránea. Se detuvo un momento, pero luego se encongió de hombros escupió y continuó avanzando.

Oyó el zumbido poco después. Zumbido de maquinaria. Y casi al mismo tiempo vio la maquinaria en cuestión.

Era una maquinaria rara, dispuesta en un bloque pulido y reluciente, con muchas lucecitas que se encendían y se apagaban. La luz azul procedía de un par de grandes lámparas fijas, adosadas también al bloque. El espeleólogo se quedó inmóvil, sin saber que hacer.

¿Qué sería aquello? ¿Una central eléctrica? ¿Algo relacionado con el ejército? ¿Un arma secreta?

Miró a derecha e izquierda, pero no se veía a nadie, ni tampoco ninguna segunda instalación. La máquina estaba simplemente allí, solitaria.

En el instante siguiente sonó la voz. Una voz metálica y totalmente inexpresiva.

—Bienvenido, humano.

Estuvo a punto de dejar caer la linterna, tal susto fue el que se llevó:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo.

Escudriñó hasta el último rincón de la galería visible, sin encontrar rastro de presencia ninguna. En medio de su estupefacción tuvo la vaga idea de que alguien intentaba gastarle una broma pesada, y la cosa no le gustó.

—¿Quién habla? —preguntó— ¡Vamos, déjese de tonterías y salga!

—No puedo salir de ningún sitio —respondió la voz inexpresiva—. Soy yo, hombre, la máquina.

Algunas piezas articuladas se movieron, y el bloque pulido avanzó un par de pasos.

El espeleólogo soltó un rotundo taco.

—¡Un robot! —exclamó.

La máquina se detuvo en su camino y pareció aguardar. El hombre tragó saliva y decidió tomar la iniciativa.

—¿Cómo... cómo te llamas?

—Mi nombre nada te diría, y además dudo que pudieras pronunciarlo. Puedes llamarme A-16.

El espeleólogo iba ya recuperando el aplomo. Aquella era una gran aventura, y la máquina se mostraba amistosa. Incluso podría obtener algún benificio del asunto.

—¿Te han construido en la Tierra? —preguntó—. ¿De dónde vienes?

—Como sin duda habrás supuesto ya, no tengo origen terrestre. Procedo de allá arriba, más allá de tu atmósfera.

—Del espacio —concluyó el hombre—. ¿Y cómo has venido a parar aquí.

—Cosas de la guerra —replicó el robot—. Hubo una gran batalla, y mi bando perdió. Yo y algunos otros fuimos precipitados aquí. Bueno, todo eso ocurrió, desde luego, hace mucho tiempo. En realidad antes de que la raza humana existiera en este mundo.

—¡Ostras! —se asombró el hombre—. ¿Y has estado aquí escondido todo este tiempo?

—Los de mi condición no conocen el aburrimiento —explicó el robot—. Simplemente nadie me ordenó que saliera de aquí. Así pues no tenía ningún motivo para hacerlo.

El hombre reflexionó un momento.

—¿Quieres decir que si alguien te hubiera ordenado salir lo hubieras hecho?

—Desde luego. Debo comunicarte que estoy programado para servir a los miembros de todas las razas inteligentes, excepto las que me han sido designadas como enemigas.

—¿Y la raza humana, la que puebla la Tierra, te ha sido programada como enemiga?

—Negativo.

El espeleólogo volvió a reflexionar. Aquello parecía un sueño, o una mala película de ciencia-ficción.

Ante él tenía a un robot parlante, procedente de alguna olvidada guerra de las galaxias, que se declaraba dispuesto a servirle, a él personalmente. Con los recursos de una ciencia dominadora del espacio, que viajaba entre las estrellas.

Para estar seguro del todo, hizo una nueva pregunta, ya francamente personal.

—¿Eso quiere decir que me servirías a mí, que harías todo lo que yo te pidiera?

—Afirmativo.

El hombre se lamió los labios, mientras sus ojos brillaban de excitación.

—Veamos —dijo—. ¿Qué eres capaz de hacer?

—Te comunico que soy un modelo polifacético y ambivalente —respondió con seriedad la máquina—. Tengo la posibilidad de ayudar a un miembro de raza inteligente de diez mil quinientas cuarenta y dos formas distintas. Mis capacidades exceden probablemente a todo cuanto tú puedes imaginar. Soy...

—Eres un charlatán —se enfadó el hombre—. Yo quiero que me digas algo concreto. ¿Puedes darme poder... riquezas... mujeres...?

El robot pareció vacilar, y su interlocutor casi pudo oír en su interior el girar de ruedecillas y el chirrido de cintas programadas. Bueno, en el caso de que un robot superadelantado como parecía ser aquel poseyera tales antiguallas.

—Humano: —habló por fin la máquina— ayudaría mucho que me dejaras escudriñar superficialmente tu mente. Así podría enterarme de tus necesidades y deseos.

—¡Bueno! —rio el hombre—. No tengo ningún secreto que no pueda conocer un saco de tuercas como tú. ¡Permiso concedido!

Hubiera esperado alguna sensación especial, algo así como unos dedos invisibles hurgando en el interior de su cerebro. Pero nada de eso sucedió. Al cabo de unos instantes, el robot dijo simplemente:

—Ya está.

—Muy bien, montón de latas —rio el hombre de buena gana—. ¿Qué has sacado en limpio?

—He extraído un esquema de tus deseos conscientes e inconscientes y he ido acoplando automáticamente a cada uno de ellos el camino más lógico para darles satisfacción. Corrígeme si me equivoco.

—Vamos a ello.

—Salud y larga vida. Quieres vivir cuanto más tiempo mejor, y estar libre de toda clase de enfermedades. ¿No es cierto?

—Cómo dices tú: afirmativo.

—Bien, puedo darte un tratamiento de regeneración de células orgánicas, de forma que cada una, al morir, sea substituida por otra de similares características.

—¿Inmortalidad? —preguntó el hombre, esperanzado.

—Negativo. El potencial necesario para ello es superior a infinito, puesto que el factor temporal incluiría el elemento «eternidad» de carácter totalmente irracional. Pero vivirás de cinco a seis veces lo corriente en tu especie. Alrededor de quinientos años. Te verás además libre del proceso de degeneración orgánica denominado «vejez». Puedo mejorar tu físico hasta situarlo en el punto óptimo para los de tu raza. En cuanto a enfermedades, desarrollaré en pocos días un cultivo de anticuerpos mutantes que eliminarán en tu cuerpo cualquier microbio, germen o virus perjudicial que pudieran invadirlo. Nunca sufrirás la menor enfermedad.

—¡Magnífico! —estalló el espeleólogo—. Puedes seguir, mi buen A-17.

—A-16 —corrigió la máquina—. Segundo, lo que los de tu raza llaman «riquezas». Por medio de la transmutación atómica puedo proporcionarte cualquier elemento químico que desees. Oro, plata, platino...

—¿Diamantes?

—¿Carbono cristalizado? Eso es muy fácil. Sólo tendrías que indicarme el tamaño que prefieres.

—¡De los más grandes! —gritó el espeleólogo, entusiasmado—. ¿Qué más puedes ofrecerme?

—Tercero. La inclinación que tienen los humanos hacia sus congéneres del sexo opuesto. Lo que tu mente define como «mujeres». Primera oferta, puedo fabricar en pocos días un androide femenino de las características que desees, perfectamente acomodaticio y atraído hacia tu persona.

—Bueno, pero yo preferiría chavalas reales —los ojos del hombre brillaron de nuevo—. ¡Chavalas de carne y hueso!

—Segunda oferta, te puedo modificar el sistema glandular, de forma que exhales una radiación odorífera indetectable a nivel consciente, pero que atraiga sexualmente a las hembras de tu especie. Lo que tú llamarías «irresistible». Secundariamente, nada me cuesta modificar ligeramente tu aspecto para hacerte... como se diría en tu léxico... «muy guapo». De manera complementaria, una simple radiación excitadora de células reproductoras aumentaría al máximo tu potencia sexual.

—Ofertas aceptadas. Y la del andre... andro...

—Androide.

—Y la del androide femenino también. Me encantaría tener en la cama a Marilyn Monroe.

—Marilyn Monroe... perdona que penetre en tu mente una vez más. Listo, concepto asimilado. Y prosiguió:

Cuarto. Sección «poder», la referente a influenciar a un gran número de otros humanos de acuerdo con tu voluntad. Puedo implantar en tu cerebro seudoformaciones orgánicas de tipo psiónico, que te permitan influenciar levemente las mentes de tus semejantes, hasta un nivel de energía... veamos, siete u ocho, en algunos casos.

—¿Quieres decir que podré hipnotizarles?

—Exactamente. Hipnotismo, sugestión de masas, inducción... y podrás convencer a una o a varias personas de cualquier idea que se te ocurra.

La sonrisa del hombre se hizo feroz.

—¿Y fastidiar a mis enemigos? ¿Hacer trizas a quien me pise los pies? ¿Descalabrar a quien me jorobe?

—Ese es otro punto importante —admitió el robot—, que también he encontrado en tu mente. Con el poder sugestionador de que te he hablado podrás originar, desde luego, accidentes, quizá suicidios. Puedo proporcionarte también ciento doce formas de veneno indetectable, catorce tipos de rayo mortal invisible, tres mil doscientas diecisiete variedades de gérmenes letales.

—¡Basta, basta! —cortó el hombre, con una carcajada—. Eso es más que suficiente. ¡Pues van a enterarse, si señor! Con tu ayuda voy a ser el amo. ¿Entiendes lo que quiere decir ser el amo? ¡Pues yo voy a serlo!

Se volvió hacia el robot, impaciente.

—¡Bueno! Pues empecemos con todo ese programa.

El robot emitió un zumbido electrónico.

—Tan sólo un momento. Antes debemos solucionar el trámite del efecto de retrocarga.

—¿El efecto de retro... qué?

—Está programado en mis circuitos un proceso de alimentación energética que las razas inteligentes favorecidas deben proporcionar a los de mi clase, cumpliendo el principio filosófico de la compensación cósmica. Debes proporcionarme la energía psiónica de tu naturaleza.

—¡Un momento! —exclamó el espeleólogo, en tono de sospecha—. ¡Ya me imaginaba yo que habría una trampa por algún lado! ¿Qué es exactamente lo que tengo que darte?

—Simplemente poner a mi disposición el componente psíquico de tu esencia. ¿Entiendes? La fuerza energética inmaterial que hace funcionar las células de tu cuerpo y lo conecta con tu inteligencia. La energía de tu personalidad incorporal.

—No entiendo una patata de lo que dices —replicó el hombre—. Dime tan sólo una cosa: ¿qué

efecto me producirá la extracción de esa fuerza mental o lo que sea? Porque si me voy a quedar idiota, poco podré disfrutar de todo lo que me has ofrecido.

—No me entiendes —aclaró el robot—. No te voy a quitar ahora nada. Desde luego ese efecto de retrocarga de energía psiónica no tendrá lugar hasta después que mueras, tras la larga vida que te he prometido.

—¡Ah, eso es distinto! —rio el hombre—. Después de que esté muerto como si quieres sacarme los hígados. Para lo que me importará entonces...

—Pues si no te importa, todo está ya aclarado. Si quieres acercarte a mi micrófono central, para perforar la cinta referente al asunto de la retrocarga. Repite conmigo...

* * *

A-16 alargó a su jefe la cinta perforada.

—Lo único que siento es que no está firmada con sangre —se disculpó—. No hubiera sido propio.

—¡Al Arcángel con todas esas majaderías pasadas de moda! —rugió alegremente el otro—. Un contrato siempre es un contrato, y un alma siempre es un alma.

Se inclinó, benévolo, hacia su subordinado.

—¡El primer contrato de venta que logramos extender en los últimos trescientos años! —exclamó—. Esa idea tuya de la ciencia-ficción te va a valer un ascenso inmediato al Círculo Inferior.

A-16 había abandonado su forma metálica, adquiriendo su habitual aspecto de cuernos, pezuñas, alas de murciélago y tridente en garra. Aunque sus ideas comerciales eran avanzadas, a su modo seguía siendo un clásico.

—Uno debe trabajar de acuerdo con los tiempos —sonrió modestamente.



La dama del grabado

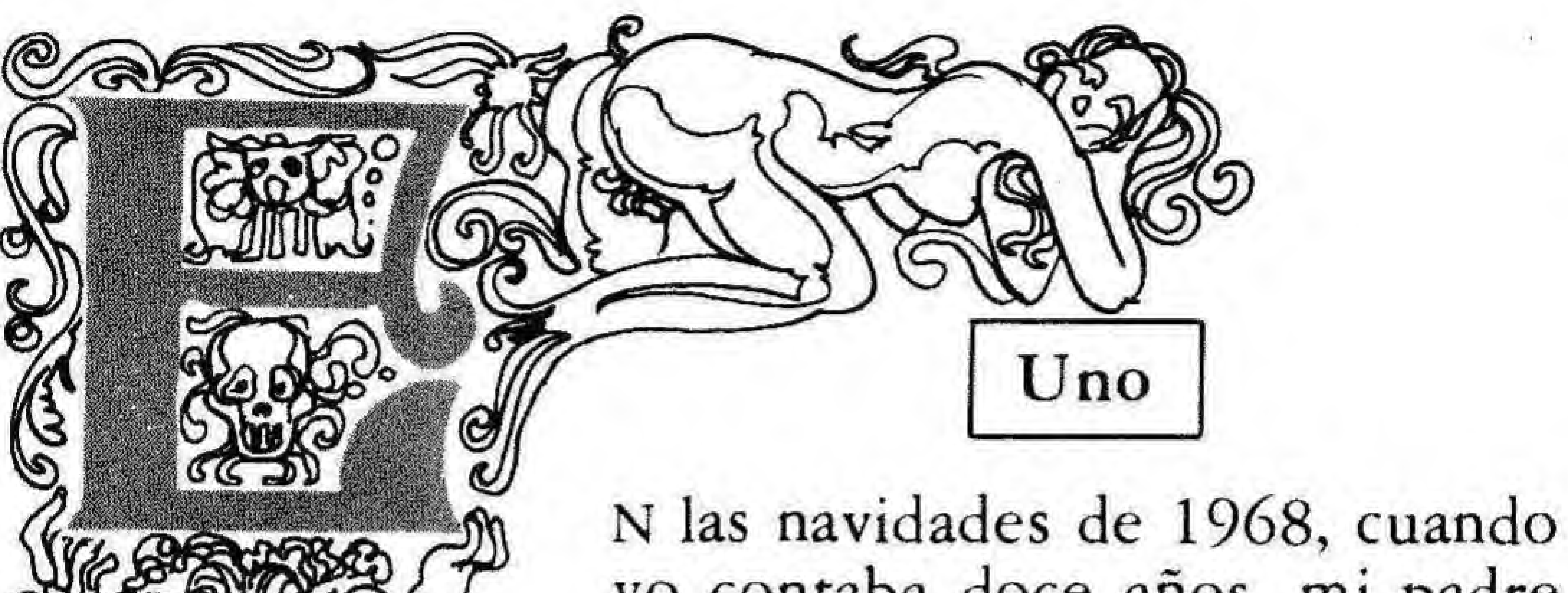




La dama del grabado

Martín Antonino

No era sencillo afirmar si se trataba de una criatura viva que bajaba desde el cementerio o era el espectro errante de una hermosa mujer fallecida en el pasado...



Uno

EN las navidades de 1968, cuando yo contaba doce años, mi padre trajo a casa un libro grande de tapas rojas que en seguida me llemó la atención. Era un tomo con los cincuenta y dos números encuadernados de *La Ilustración Ibérica* correspondientes a 1884. Me dijo que, tratándolo con cuidado, podía verlo: estaba lleno de grabados antiguos y, con toda seguridad, me iba a gustar. Lo cogí por primera vez una tarde de enero, un día de entre semana que no tenía clase y deambulaba por mi casa angustiado y aburrido. Mi padre no había llegado aún y mi madre... Bueno, mejor era no acordarse de mi madre. Había desaparecido hacía medio año, eso es todo. La casa estaba llena de sombras y de melancolía; eran las siete y mi anciana tata no me permitía encender la luz hasta las ocho. Se trataba de una mujer de pueblo sumamente tacaña, esa clase de personas cuya infancia —del todo pobre— ha transcurrido en aldeas del interior sin tendido eléctrico y mantienen durante toda su vida la convicción de que la electricidad es algo en lo que

debe extremarse el ahorro. Cogí el libro y me puse a verlo sentado junto al balcón del comedor: penetraba ya una luz declinante y más allá de los edificios de la plaza se contemplaba un cielo encapotado cargado de tristeza y malos presagios.

No puedo explicar la extraña fascinación morbosa que me producían aquellas imágenes. Hoy son muy apreciadas por cierta clase de coleccionistas que las identifican con el calificativo amplio de «estampas del siglo diecinueve». Fueron hechas por grabadores anónimos en las imprentas, y su técnica no deja de asombrar incluso a gentes profanas en cuestiones de estampación: un rayado minucioso y diestro sobre la plancha de cobre que da lugar, mediante la incisión de líneas más o menos gruesas, a una insólita gama de tonos que modelan las formas. Por esa época, sin embargo, lo que me llamaba vivamente la atención era otra cosa: el raro carácter de aquellos dibujos, muy chocante para un chico como yo, particularmente adepto a las historietas americanas. Los grabados, traspasados por el desconsuelo que en realidad tuvieron todas las representaciones románticas, me deparaban un vago temor; el insidioso *ambiente* de todas las escenas suponía para mí un acercamiento a los más arraigados terrores de mi infancia. Todos los grabados se perdían en sombríos paisajes, recónditas arboledas con rincones oscuros donde parecían acechar, agazapados entre la maleza, ojos ocultos pertenecientes a seres infames; castillos en ruinas enclavados en la llanura bajo un cielo aplastante, episodios amorosos entre caballeros y doncellas medievales con fondo de jardines cerrados por tenebrosas frondas otoñales llenas de incógnitas...

Pero quiero referirme en particular a un grabado de tema funerario que, si bien no era uno de los que más me impresionaban, fue el promotor de un suceso que amargó toda mi niñez y mi adolescencia, y aún hoy, si mi atención se fija en su recuerdo, no puedo evitar una sensación física que se aproxima a las náuseas.

Un sábado por la tarde me senté con el libro frente al escritorio de mi padre. El hecho de la desaparición de mamá le había inclinado a concederme una serie de privilegios que quizás yo nunca hubiese conseguido si ella continuase en casa. Uno de ellos consistía en dejarme estar en su despacho, siempre que tuviera terminados mis deberes. Era una salita confortable y tibia, llena de libros bien encuadernados y con una lamparita de mesa provista de cierta tulipa verde que proporcionaba a la estancia una iluminación tenue, a la vez extraña e íntima. Había estado hojeando el libro durante un buen rato, sumergido en una suerte de sueño melancólico, cuando, al volver una de las páginas amarillentas, vi el grabado a que me he referido. Se impone describirlo. Bajo los celajes opresivos de un anochecer tormentoso, en segundo término y sobre un pequeño promontorio, se alzaban las tapias de un cementerio rural situado en un angustioso paisaje estepario. Una puerta ojival se abría oscura en el centro del muro y sobre el arco se leía la inscripción latina *Memento mori*. Desde esa puerta descendía hasta un plano más próximo un sendero pedregoso y estrecho bordeado por arbustos secos, y en medio del camino destacaba la imagen enigmática de una dama. El grabador no había acertado a dotar del adecuado movimiento a este personaje que, pese a mostrarse avanzando un pie sobre el abrupto sendero, daba la impresión de permanecer congelado en un momento de su acción. Iba vestida a la manera florentina del *cinquecento*, y en su cabeza, tocada con un pañuelo blanco y ligeramente inclinada hacia la izquierda, llamaban la atención unas profundas ojeras y una intensa expresión de angustia. Sus manos delicadas adoptaban un gesto amanerado delante del cuerpo, en una actitud con la que parecía llamar o acoger a un hipotético personaje situado fuera de la imagen. Descendía del cementerio, y era posible imaginar que regresaba de visitar la tumba de algún difunto especialmente amado. Su soledad, en medio de la estepa inhóspita, resultaba estremecedora; pero,

sobre todo, emanaba de su equívoca fisonomía una misteriosa ambigüedad. No era sencillo afirmar si se trataba de una criatura viva que bajaba desde el cementerio o era el espectro errante de una hermosa mujer fallecida en el pasado. La escena se titulaba, en el más puro estilo romántico, *¡Sola!*

Estaba tan absorbido en la contemplación del libro, que sólo cuando escuché una suave respiración tras el respaldo del sillón —sonido que me sobresaltó—, advertí que mi padre acababa de penetrar en el despacho pisando con sigilo sobre la alfombra y se había colocado a mi espalda a fin de sorprenderme en mis actividades solitarias. Volví la cabeza para saludarle con una mirada, sobre todo para demostrarle que, pese a la entrada silenciosa, había detectado su presencia. En principio giré la cabeza con rapidez y volví a mirar el libro. Después repetí el gesto. Había descubierto una expresión extraña en su rostro que necesitaba corroborar y comprender. Permanecía absorto, con la mirada fija sobre el grabado, y en las arrugas de su frente se perfilaba una sombra de espanto y sorpresa. Se demoró hipnotizado por la imagen durante un tiempo que, en el silencio del despacho, me pareció eterno. Luego, absolutamente sumergido en sí mismo, comenzó a pasear de un extremo al otro de la estancia, sin pronunciar una sola palabra. Su cabello oscuro y rizado se vertía en un mechón acaracolado sobre la frente. Era enjuto y de movimientos nerviosos. Se aproximó de nuevo al escritorio y volvió a mirar el grabado apoyando las manos sobre la mesa; hizo tres o cuatro veces más su trayecto y, de pronto, girando sobre los talones de improviso, me miró de frente. Percibí en sus pupilas alteradas la expresión penetrante que fraguaban sus ojos cuando trataba de comunicarme algo importante.

—Voy a salir de nuevo —me dijo—. No me esperes esta noche. Acuéstate en la habitación de la tata.

Después se aproximó a mí para besarme. Percibí su olor particular a tabaco y franela, un poco agrio. Su

bigote pinchó mis mejillas. Desde el sillón le vi salir y ponerse el abrigo en el pasillo. Oí como le daba instrucciones a la tata. Luego escuché la puerta del piso al cerrarse tras él. Mi anciana ama se asomó al despacho y me miró con parsimonia, como queriendo expresar algo oscuro que se refería a nuestra soledad.

—Vamos a cenar —me indicó.

Se acercó al escritorio de mi padre, y, con un ademán desprovisto de cualquier intención, miró la estampa del cementerio y la dama. La transmutación de su gesto fue inmediata. Se inclinó para observar el grabado más de cerca y comprendí que algo la había estremecido. Sus manos trémulas rozaron con las yemas de los dedos el rostro de la mujer. Luego musitó algo, tal vez la expresión «¡Jesús!», y, como si deseara ahuyentar un mal pensamiento, cerró el libro con una rapidez impropia de una mujer cuyos movimientos eran habitualmente pausados. Repitió «vamos a cenar» y apagó la lámpara de mesa. Mi padre no regresó nunca.

Dos

Un hombre enfiló la carretera en un coche de serie que forzaba a marchar a ciento cuarenta kilómetros por hora. Los limpiaparabrisas oscilaban ante sus ojos produciendo un sonido rítmico semejante al de un metrónomo: luces largas, luces cortas... En las salidas de la ciudad el tráfico era intenso a aquellas horas. Había empezado a llover. Más adelante, reconocidos ya los primeros cincuenta kilómetros, la carretera estaba solitaria. Retenía su mirada en un punto inconcreto del horizonte nocturno y borrascoso. Había visto en su casa, entre los grabados de una colección encuadernada de *La Ilustración Ibérica,* una imagen pavorosa. A pesar de su tocado renacentista, reconoció a Virginia en la dama enigmática que parecía descender por un sendero pedregoso proviniente de un cementerio del Sur. Del Sur...

Me ha interesado siempre el fenómeno llamado *intuición:* una experiencia de la que hablaron Bergson y Husserl, por ejemplo, pero que un siglo de tozudas convicciones cientifistas ha relegado al olvido como forma seria de conocimiento. Y, en realidad, se trata de un tipo de información tan segura como la que puede deparar un minucioso análisis científico aplicado a cualquier objeto. En la intuición se manejan también datos rigurosos almacenados en el fantástico archivo de nuestro cerebro, sólo que el tiempo de contraste es relampagueante y se produce en zonas de nuestra psique que la conciencia no es capaz de definir. Alfredo Campoy había sido el sujeto de una intuición tempestuosa apenas descubrió la imagen de la dama del grabado aquel sábado por la tarde, cuando llegó a casa y quiso sorprender a su hijo encerrado en el despacho. Virginia desapareció un anochecer del último junio. Alguien insinuó que se había ido con el químico inglés. No pudo evitar golpear en la cafetería al tipo que dijo aquello. Ahora, bajo el aguacero de la noche, él *sabía* que debía dirigirse hacia el Sur y que ella le aguardaba en un lugar incierto perdido más allá de Sierra Morena, junto a las tapias de una necrópolis rural abandonada...

Enormes camiones entoldados salpicaban la carrocería del Renault-12 al cruzarse con él en las curvas que preceden a la cordillera. El conductor, con un gesto mecánico, conectó la radio. Alguien hablaba al fondo de la noche desde una emisora remota y la voz parecía provenir de la cúpula de sus propios sueños. Sonó la canción *Only you,* que le erizó los cabellos. Eran los tiempos en que conoció a Virginia: demasiada nostalgia para un hombre solo. Cerró la radio. El brillo de los ojos de los zorros, al cruzar la carretera frente al automóvil, le deparaban un instante de contacto con el infierno. A las dos estaba al otro lado de la cordillera; no sabía con certeza dónde se encontraba. Había visto una señal que indicaba la proximidad de Bailén. Aún continuó diez kilómetros más: después, movido por un impulso imprevisto, penetró

por un estrecho camino enfangado cubierto por la negrura más espesa. Avanzó despacio sobre un terreno lleno de irregularidades, que provocaban una agitada marcha bamboleante del coche. Las luces largas iluminaban un paisaje despoblado donde aparecían aisladas siluetas de olivos mojados. Entonces, cuando se había adentrado en el campo dos o tres kilómetros rodeado tan sólo de noche, lluvia y soledad, los faros del coche descubrieron al fondo un promontorio donde se recortaban sobre el cielo negro las tapias de un cementerio. Reconoció en seguida el angosto sendero que descendía hasta el nivel en que él se encontraba y vio a la dama. Siguió avanzando muy despacio, y comprendió entonces que podía, o incluso debía, apagar las luces del coche. Aquella figura, cuya fisonomía inequívoca delataba el aire de Virginia, a pesar del extraño atavío de dama florentina, expandía de su naturaleza espectral una helada luminosidad fosforescente. Alfredo Campoy descendió del automóvil y sus zapatos se hundieron en el barro encharcado. Su corazón latía atenazado por la arritmia. Ascendió por el camino hacia aquella visión fabulosa. Más allá del espectro, durante unas fracciones de segundo, reparó en la inscripción latina grabada sobre la puerta ojival del cementerio: *Memento mori*. *Aquello* no era Virginia, sino un fantasma turbador cuyos ojos, transidos por la angustia, le miraban con ternura. Sus manos, tendidas hacia él, parecían suplicarle que se aproximase. Lo hizo hipnotizado. Estaba muerta, esa era la revelación horrible, y, llegando desde un luctuoso más allá, mostraba en sus rasgos un sufrimiento inexpresable donde parecía leerse la más desoladora contricción. Entonces tocó sus manos y el corazón del hombre se detuvo. Aún tuvo tiempo de escuchar, tal vez al fondo de su cerebro, una especie de susurro quedo, casi inaudible, un suspiro que provenía de las moradas de la muerte, y pudo distinguir unas palabras que le redimían para siempre: «Te quiero. Perdóname».

Tres

Mi padre nunca regresó, ya lo he dicho. Si mi melancolía era intensa antes de que desapareciera, a causa de una insoportable añoranza ocasionada por la ausencia de mamá, cuando también faltó él las cosas parecieron sumergirse en una neblina violácea cuya atonía hizo de la tristeza mi consuetudinaria compañera. La tata murió a los dos años. Me fui a vivir entonces con unos tíos, que me trataron con deferencia, pero sin confianza. Estudié Geología y me casé pronto, anhelante como estaba de un calor doméstico que perdí durante una niñez que casi no recordaba. Mi vida es tranquila; mi esposa, una chica modesta y solícita, pero nada estimulante, me tiene siempre ordenadas las camisas. A veces me sitúo frente a un planisferio y, clavando mi mirada sobre zonas lejanas del planeta, sueño con viajes peligrosos que jamás llevaré a cabo. Heredé la biblioteca de mi padre y su mesa de despacho. El resto se lo apropiaron mis tíos. Desde la noche en que él desapareció no había vuelto a abrir el libro de las tapas rojas que contenía un año completo de *La Ilustración Ibérica*. A partir de aquel día negro lo miré siempre como algo detestable y maldito, un volumen que sugería cobijar entre sus páginas algo infernal y rechazante. Hace una semana, una tarde en que mi mujer había salido y yo me encontraba solo en casa, atravesando unas horas vacías y opresivas, saqué el libro del anaquel donde permanecía no sé cuánto tiempo. Lo cogí con gusto. Ojear sus páginas suponía, en cierto modo, regresar a mi infancia, una época que siempre se evoca con un sentimiento confortable, aunque haya sido penosa. Busqué en seguida el grabado que desencadenó, estoy seguro, la marcha precipitada de mi padre y su misteriosa desaparición. No puedo asegurar que me sorprendiese, más bien pensé que mi memoria me traicionaba; otra cosa hubiera sido quimérica. La imagen seguía allí después de tantos años y, a primera vista,

parecía la misma: el paisaje siniestro, las tapias del cementerio y la inscripción *Memento mori* sobre la puerta tenebrosa. La dama renacentista permanecía detenida en el camino, con su aire equívoco que impedía dilucidar si se trataba de un personaje vivo o de un espectro que regresaba de ultratumba. Sin embargo, quizá la memoria me confundía en tres detalles desorientadores: ahora el ambiente era nocturno, francamente noche cerrada; llovía y el sendero estaba embarrado. No tenía la seguridad de que fuese así antes. Y lo más extraño: a los pies de la dama, caído de bruces sobre el lodo, se veía a un hombre cuyo rostro, dada su posición, no era reconocible. Su vestimenta era moderna, yo diría que muy actual, y parecía haberse derrumbado a los pies de la mujer presa, quizá, del pánico. Sólo sentí un profundo escalofrío cuando leí el pie del grabado. Recordaba perfectamente que el texto antiguo era *¡Sola!* Ahora había escrita otra cosa que me dejó el ánimo en suspenso: *Te quiero. Perdóname.*

He perdido por completo el apetito.

El final de la partida





El final de la partida

José León Cano

Muertes violentas, atroces y espantosos sucesos habían tenido lugar, año tras año, en el interior de aquel palacio gótico que, cinco siglos después, abría sus puertas para servir de escenario de la más enconada partida de ajedrez... Una partida sin tregua, en la que no se aceptaba hacer tablas... una partida a Muerte.



ARA quien tuviera abiertos los ojos del alma, estaba claro que allí había una Fuerza capaz de hacer sangrar a las paredes y despertar a las sierpes de la angustia. Una Fuerza que servía de sustento a las bajas pasiones, a la vez que se alimentaba de ellas. Los que eran capaces de experimentar su presencia, la sentían como una música abyecta que sólo pudiera escucharse a través del sobrecogimiento del corazón; y aquel atardecer la Fuerza hacía resonar, en el pecho de los sensitivos, la más espantosa de sus melodías.

Caía la lluvia, con la tarde, en los ámbitos estrechos del claustro. El suelo del jardín, de leprosa oscuridad, se dejaba empapar con la pasividad de quien hubiera recuperado demasiado tarde al amor de su vida, pues ya nada podía fructificar en él. Pero el ligero temblor de los secos ramajes, la desacostumbrada avidez con que el agua era absorbida, podía crear la ilusión de que alguna odiosa turba de seres sin forma ni volumen recogiera la vida contenida en el agua para crecer cada vez más profundamente hacia abajo.

Como si fuera consciente de su lenta derrota, una

turbia claridad hacía frente, penosamente, a la bruñida piel de la noche, que ya insinuaba su incipiente magia por los rincones oscuros. Y toda la melancolía del mundo tenía cabida en el angosto lugar. En su alucinada carrera hacia la inmortalidad, el sucesivo fracaso de las generaciones había dejado huellas purulentas sobre los cada vez más borrosos muros, sembrados de viejas inscripciones medievales. Las cuales recordaban que aquí y allá estaban sepultados los nobilísimos restos de un duque de ilegibles apellidos, de un almirante que hubo de sucumbir ante la superioridad —ficticia— de una flota sarracena, o de un gentilhombre de iglesia cuyos brocados y gayos saberes deslumbraron estancias ahora marchitas u olvidadas.

Pasiones oscuras, las que más brillo inculcan a la mirada de los hombres, se sustentaban de la Fuerza que residía en el palacio gótico, ajena al sucederse de los siglos. Muertes violentas y hechos espantosos, aunque poco dignos de ser aceptados por la cordura, se habían sucedido igualmente bajo los podridos artesonados que, en sus rincones ocultos, servían de guarida a los murciélagos. Derribado junto al vitral del gran salón, al otro lado del claustro, el cuerpo de una mujer desnuda apareció de madrugada, en las postrimerías del Siglo Dieciocho, con una moneda del Emperador Diocleciano atravesada en la garganta. Nadie logró descubrir la identidad del fascinante cadáver (la suave piel aceitunada, los senos como manzanas en agraz, atroz la expresión de su boca desmesuradamente abierta, la del brillo inhumano de sus ojos verdes, destrozados por hilos de sangre), cuya sobrecogedora aparición fue atribuida, para escarnio de volterianos y revoltosos, a los designios insondables del Demonio.

Los más viejos recordaban que sus abuelos habían contado, al calor de hogueras lejanísimas, cierto ominoso aquelarre celebrado en el palacio cuando sus muros eran jóvenes y el odio los envenenó para siempre. Napoleón comenzaba a saborear el san-

griento vino de las victorias. Media Europa esperaba el Apocalipsis, mientras la otra media creía estar despertándose ante las puertas de un mundo mejor. Y una mañana de primavera —por aquel entonces— llovió granizo rojo sobre el cubículo ajardinado del pequeño claustro. Se formó en el suelo una capa rugosa que, al deshelarse, adquirió toda la apariciencia de la sangre coagulada. Y el insólito licor, como si de lluvia se tratara, fue ávidamente absorbido por las profundidades.

Todavía quedaba en la ciudad algún viejo quien, al serle referido el suceso, creyó recordar (de la misma forma que si fueran los retazos inconexos de una horrenda melodía) algo que había oído de su abuelo, o tal vez de un anciano ciego como Homero, con respecto a una congregación de brujos y nigromantes, reunidos al amparo de los muros palaciegos para escapar de la Inquisición. Decíase que los brujos, sorprendidos en el ejercicio de sus Artes Oscuras, habían sido pasados a cuchillo allí mismo, uno a uno hasta completar el número de doce. Y en medio de los últimos terrores, cuando sangre y acero se abrían a los primeros abrazos de la muerte, levantaron las manos en signos inusuales, entrelazaron los dedos por encima de su propia carnicería, a fin de que el lugar fuera maldito hasta su completo desarraigo por el Señor de la Pata de Cabra.

Era una Fuerza invisble pero patente, como digo, para quien tuviera abiertos los ojos del alma. Por eso temblaban los sensitivos, aunque incapaces de adivinar la causa, cuando la desgracia o un destino abyecto les empujaba al interior de aquellos muros. Y tal vez por eso mismo, cortejados por la lluvia y las sombras, entraban en desacostrumbrado silencio, reteniendo su ansiedad, quienes acudían a presenciar una partida de ajedrez que se anunciaba como histórica.

Era la primera vez en cinco siglos que el salón de los grandes vitrales se abría a un acontecimiento público. Las autoridades lo restauraron en parte con dicho fin, deseosas de borrar los restos de antiguas su-

persticiones y recuperar un palacio histórico para el beneficio de la comunidad. A los pies del vitral que daba al claustro se había levantado un estrado, de forma que todos pudiesen contemplar desde sus asientos la mesa de los contrincantes. A la izquierda del estrado se encontraba una pantalla de grandes dimensiones que amplificaba, a través de un circuito cerrado de televisión, la imagen de las piezas sobre el tablero. Gracias a esa pantalla, los espectadores podrían seguir cómodamente el encuentro de dos hombres, cuyas pasiones eran el juego diabólico y el odio que se profesaban entre sí.

En medio de un silencio sólo roto por el retumbar de sus propios pasos, los afortunados espectadores atravesaron la oscura humedad del claustro y fueron ocupando sus asientos en el salón. Podían observarse, en los rostros de muchos de ellos, algunos rasgos de insania; pues era más atractiva para la mayoría la contemplación del odio de los oponentes que el desarrollo de las jugadas.

Ulianov, el eslavo, respondió con un gesto ceñudo al aplauso de los espectadores; mientras Carpentier, el francés, lo hacía con una anticipada sonrisa de triunfo. Algo se revolvió detrás de los muros al calor de esos aplausos. No en vano era también la primera vez, en mucho tiempo, que el lento sosiego del salón se perturbaba con vibraciones más ardorosas y consistentes que las originadas por la lluvia y el viento desde los arcos del pequeño claustro. Pequeñas gotas de sudor iluminaban la frente y el pálido cráneo de Ulianov, cuyos ojos de hielo azulado parecían pertenecer a un cadáver debido a su fijeza y apagado brillo. Sólo la ligera crispación de su boca, con las comisuras excesivamente contraídas, mostraba una emoción implacable. En cuanto a Carpentier, lo excesivo de su sonrisa, la demasiada fatuidad y ligereza de sus ademanes, querían manifestar una seguridad que estaba muy lejos de poseer. Carente del espeso entramado lógico de Ulianov, el francés era temido, sin embargo, por sus audaces golpes de inspiración, por

la pasmosa celeridad con que reaccionaba a un cerco insidioso o a una trampa aparentemente mortal. Ulianov era un tanque y Carpentier un saltamontes. La precisión aplastante del primero se veía burlada por alguna pirueta imprevisible que, en manos de un jugador menos favorecido por la inteligencia, hubiera parecido ridícula. Y en varias ocasiones la disparidad de ambas tácticas había terminado en tablas.

El uno y el otro habían jurado, sin embargo, que esta vez no sucedería así. Carecían ambos de grandeza de espíritu, lo que les impedía aceptar livianamente una derrota. La obsesión por derrotar al contrario consumió sus escasas reservas de bondad. Hasta el punto de que circulaban exóticos rumores, según los cuales tanto Carpentier como Ulianov habían contratado los servicios de sendos hechiceros para crear una densa atmósfera de ofuscación en el contrario. Si ciertos o no, estos rumores habían incrementado el clima de expectación, que llegó a su punto más alto cuando Carpentier aceptó el desafío lanzado por Ulianov de no levantarse de la mesa, reiniciando las partidas cuantas veces fuera necesario hasta que uno aplastase al otro, y renunciando ambos oponentes a todo descanso.

Los negros ojos del francés vibraban de ira contenida, y ni una sola vez se cruzaron con la acerada fijeza de los de su contrario. Como sarmientos aceitados, los cabellos de Carpentier parecían, destilando negrura, disponer de movimientos propios. También se manifestaba su tensión en el temblor incontrolado de los dedos, en la excesiva crispación de su cuerpo, forzado a inclinarse más de lo que hubiera sido decoroso ante los aplausos de los espectadores.

Cuando estos cesaron comenzó la partida. Arrogante, Carpentier adelantó el caballo negro de la derecha, solitario frente al campo enemigo. Ulianov reflexionó con la frialdad de los ofidios, sin desperdiciar un átomo de la energía de su mente en el más ligero movimiento. Sólo rompía el silencio el lamento de la lluvia, detrás de los vitrales. Y algo im-

palpable pero de inteligente solidez, una atmósfera de maligna sabiduría, iba despertándose lentamente sobre las cabezas de todos. Una nube incolora, un gran ojo invisible flotando bajo los artesonados, concentrándose la Fuerza en sí misma, de modo que quienes conservaban reflejos primordiales de la niñez descubrían en el sabor a muerto de sus labios, en la desmayada pesantez del aire, los primeros presagios de la tormenta.

Al fin Ulianov se dignó levantar su mano derecha, con la que apresó, para adelantarlo dos cuadros, al peón situado frente a su torre izquierda. Los más entendidos creyeron interpretar este gesto como el anuncio de una estrategia larga, madurada y misteriosa. Pero quienes acudieron para regocijarse con el espectáculo del odio centraron su atención en el nervioso tamborilero con que los dedos de Carpentier, sobre la mesa, acogieron el movimiento de su contrario. Los vitrales con escenas sacras, ahora oscurecidas por la noche, comenzaron a vibrar casi imperceptiblemente, como si la Fuerza les contagiara, amplificándolo, el tenso ritmo de aquellos dedos.

Una mujer joven apartó la vista de los jugadores. Inquieta, miró a su alrededor y luego al techo. Algo le hirió entonces desde la altura; o así lo parecía, puesto que lanzó un grito prolongado y cortante, y todas las miradas, salvo las de los absortos jugadores, se volvieron hacia ella. Tenía el rostro empalidecido de terror, pero enrojecidos el contorno de la yugular y el de una vena gruesa de la frente. Sin dejar de gritar, comenzó a golpearse los muslos con las palmas abiertas. No consiguieron calmarla, pero voces airadas la invitaron a abandonar el salón. Y la joven, incapaz de atender a las recriminaciones de que era objeto, hizo su grito inteligible:

—¡Se está acercando...! ¡Se está acercando...!

Gritó de nuevo, los ojos fijos en el techo, y se cubrió el rostro con los brazos en un inútil gesto de protección. Acto seguido perdió el conocimiento y cauyó de bruces sobre sus rodillas. Alguien la alzó

para sacarla del recinto. Sus brazos caídos se balanceaban como de trapo. Pero el revuelo, sorprendentemente, fue mínimo. Sentáronse de nuevo los pocos que se levantaron, y los escasos murmullos fueron pronto acallados por la fascinación que emanaba del estrado: dos figuras de cera (a no ser por la respiración afanosa de Carpentier) empeñadas en dominar los resortes del universo a través de una suma cuadrangular de blancos y negros. Carpentier maldecía interiormente a su contrincante, deseándole una y mil veces la muerte, y los ecos de su maldición resonaron como campanadas de niebla por todo el recinto. Hasta hacer tremolar, con sutiles corrientes de aire, los enormes tapices rojos de los muros. Y aunque el pétreo rostro de Ulianov no traslucía emoción alguna, un observador perspicaz hubiera advertido en el somnoliento trazo de sus ojos diminutos los destellos de una feroz ironía; incrementados cuando Carpentier movió dos cuadros el peón que defendía a la Reina Negra con el fin de facilitar a esta dama de la noche sus posteriores movimientos.

Ocupó el peón del centro su nueva posición y en ese momento se produjo un cortocircuito. Los espectadores de temperamento más frío pudieron comprobar entonces, asombrados, que un débil halo eléctrico, azul y rojo, envolvía el contorno de los jugadores. Pero semejante constatación no pudo ser comentada, ni aún tenida demasiado en cuenta, porque otro hecho de características más impresionantes, un sonido peculiar, a modo de lento y repulsivo gorgoteo, dominó los murmullos levantados por el nuevo incidente. Alguien se prometió a sí mismo, dominado por un terror irracional, abandonar el recinto en cuanto la luz regresase. Se restableció el fluido y cesó el estupefaciente gorgoteo. Pero quien tomó la resolución de escapar vio frustrada esa esperanza, porque sus miembros inferiores se volvieron rígidos, y el deseo antes experimentado con tanta intensidad se transformó en un castillo de arena desmoronado por un golpe de mar. Porque la Fuerza, ahora despierta

por completo, se había adueñado insidiosamente de la voluntad de todos, haciendo creer a cada cual que era la suya propia.

Unicamente los dos personajes del estrado permanecían ajenos a cuanto les rodeaba. Y no se percataron, como casi ninguno de los espectadores, que el más grande de los tapices rojos, aquel cuyos bordados rememoraban una pútrida escena, la Resurrección de Lázaro, comenzaba a gotear sobre la pared un líquido indefinible, rojizo, que ya dibujaba hilillos convergentes en su deslizamiento hacia el suelo. Quien se percató de la anormalidad la atribuyó, como afuera seguía lloviendo, a una gotera en el viejo muro: el agua filtrada se teñiría de rojo en el tapiz, cuya textura sería probablemente lo bastante tupida como para conferir al fluido resultante la apariencia del vino o de la sangre. Nadie alcanzó a observar, sin embargo, que el cadavérico rostro de Lázaro, originariamente tejido con lanas grises y amarillas, estaba también enrojeciendo, apostillándose gráficamente con ello la intranquilizadora realidad (siquiera en el tapiz) de esa célebre fábula evangélica.

Los hechos se sucedieron a continuación con la vertiginosa rapidez, de torbellino, que acompaña a veces a las pesadillas. Ulianov movió su caballo izquierdo, creando una situación de clara amenaza para su contrario. Carpentier se puso tenso como un arco de violín. Un copioso sudor resbalaba por sus sienes congestionadas. Y este mínimo detalle ejerció tan poderosa influencia en el ánimo de los espectadores que casi hubieron de olvidarse de los inquietantes sucesos acaecidos. La lluvia era ya fragorosa al otro lado de los vitrales, haciéndose semejante a un hervidero en el patio del claustro. Incapaz de soportar su propia tensión, el francés levantó por un momento la vista del tablero y la cruzó, como por azar, con la de uno de los espectadores de las últimas filas, regresándola un segundo después a las fichas. Se levantó entonces ese espectador, retorcidas sus entrañas por un fuego

venenoso, y vomitó un gran chorro de sangre, sin encontrar después más reacción, estupefacto ante el hecho espantoso, que un gemido desfallecido e infantil surgiendo de su propia garganta.

Fue la señal definitiva. Un confuso y vibrante horror levantó a todos de sus asientos. Al iniciarse los gritos quedaron enturbiados muchos ojos, envenenados por el miedo, y pocos fueron capaces, en aquellos primeros momentos, de acertar sus pasos hacia la salida. Nadie consiguió abrir esas puertas. En el forcejeo de los cuerpos, algunos quedaron en el suelo sangrantes y sin sentido. Gritaban las mujeres con desatinada furia, arañando y descargando los puños en cualquiera, componiendo, al tirar con desesperación de sus propios cabellos, espantosas figuras de Gorgona. El rostro de Lázaro comenzó a rezumar abyecta sangre en el tapiz que confluía, al llegar al suelo, con la de los heridos. Se oyeron unas fuertes carcajadas, retumbantes en la letra del artesonado, pero ni Carpentier ni Ulianov prestaron atención a cuanto sucedía, sino que se cruzaron por primera vez una mirada malévola, como si a través de ella pudiera el uno adivinar los pensamientos del otro y revisar, en consencuencia, la táctica a seguir en la partida.

Densas gotas de color terroso, condensadas en el techo, comenzaron a caer sobre la confusión. Ulianov, incapaz al fin de dominar su ansiedad, descargó el puño sobre el tablero, con un movimiento como de autómata, deshaciendo la configuración de las fichas. Convertidos en un ejército de cuchillos, cayeron entonces sobre todos los cristales del vitral que daba al claustro, y penetró la lluvia con estrépito sobre la carnicería; aunque no con el suficiente para acallar el insufrible griterío de mujeres que chillaban como raposas caídas en una trampa, de hombres cuyos feroces rugidos ante la muerte los asemejaban a bestias carentes del menor asomo de dignidad. Pechos desgarrados, ojos fragmentados por la saña del cristal, gargantas asaeteadas por las injurias del horror ante las resonancias de aquella risa cínica y cavernosa

que caía sobre sus cabezas como una plaga indescifrable y sagrada.

De pronto, centenares de ratas enloquecidas se entremezclaron con la pavorosa confusión de los hombres, surgiendo de las múltiples hendiduras que se estaban abriendo entre los muros. Corrían de un lado para otro, mordiéndose y arañándose entre ellas, participando, con sus chillidos deleznables, del mismo horror que poseía a los seres humanos. Y comprendieron algunos entonces la razón del gorgoteo bajo los muros, de los inquietantes sonidos que, semejantes a unas huecas carcajadas, parecían proceder del artesonado: la acción combinada de la tromba de agua y el peso desacostumbrado de los espectadores (o tal vez la de una Fuerza experimentada por los más sensitivos) estaba produciendo el derrumbamiento del viejo edificio.

Al fin descubrió Carpentier cuál era el único modo de acabar con su adversario. Porque al mirar al fondo de sus azules ojos de muerto entendió la naturaleza y la razón de cuanto estaba sucediendo. Cayó la primera viga, con escalofriante resonancia, sobre las cabezas de los congregados, y quienes miraban aterrorizados hacia el techo pudieron descubrir la amenazante negrura del cielo en sus primeros desgarrones. Pero Carpentier, poseído por la furia de un propósito implacable, no veía ante sí sino el repulsivo brillo de unos ojos de reptil en cuyas profundidades se dibujaba la más abyecta ignominia: con un gesto enardecido arrojó al lado el tablero, cayendo las piezas sobre el estrado, y logró apresar el sudoroso y blando cuello de su contrincante para estrangularlo. Ulianov no opuso resistencia alguna, pese a que en sus ojos, ahora enfebrecidos y brillantes ante la cercanía de la propia muerte, comenzara a reflejarse un asomo de humanidad. Seguía apretando Carpetier y Ulianov esbozó una sonrisa enigmática, como si aquella opresión le estuviera liberando para siempre de su sórdida infamia. Y cuando perdió la vida por asfixia cayó sobre los que aún la conservaban el tapiz que represen-

taba la Resurrección de Lázaro y tras él el resto de los muros, al derrumbarse en su totalidad, sobre las últimas angustias de la carne y los ojos abiertos, el viejo palacio gótico en el que una noche de diciembre de 1547 encontraron la muerte ciertos oscuros nigromantes, uno a uno hasta completar el número de doce. Sólo quedaba con vida un espectador, bajo el retorcimiento de los cuerpos y las vigas. El cual interpretó la corriente de aire intensa y ululante que siguió al derrumbamiento, procedente del claustro, como un signo purificador. «El maleficio ha concluido», pensó, y sus ojos se cerraron para siempre.



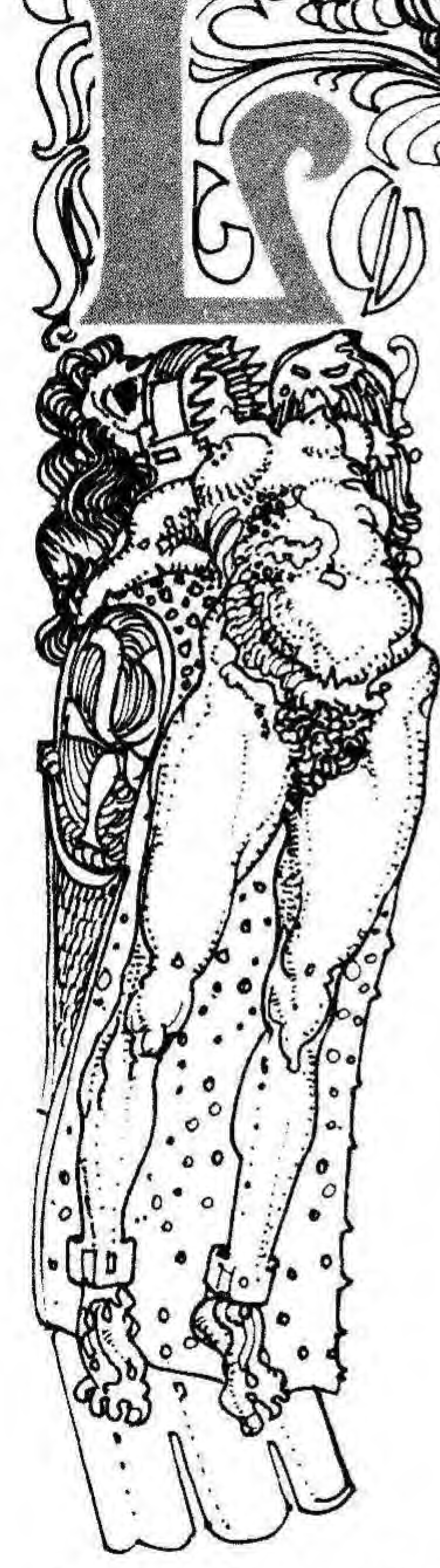


El cachorro

El cachorro

Carmen Morales

La realidad se convirtió de pronto para ella en algo infinitamente menos aterrador que la peor de las pesadillas...



A carta que sigue, y que me he permitido transcribir, da noticia de ciertos hechos acaecidos hace poco, que no tuvieron resonancia, pero cuya publicación es seguro que informará al lector sobre uno de esos acontecimientos escalofriantes que no dejan de acontecer ni un solo día en lugares ignotos de nuestro penoso mundo.

«Queridísimo primo Bernard:

Por una amable nota de lord Chaffery, que ha coincidido contigo en Birmingham, he sabido que pensabas ir a visitarme. Te ruego que no lo hagas. Si es preciso te lo suplico. Sigues siendo mi amigo más querido y, para tomar esta decisión, que sin duda te extrañará, tengo razones muy poderosas. Tampoco me encontrarías en South Down, porque hace dos días que he huído de mi hogar. Por favor, no intentes localizarme. Quiero que siempre me recuerdes como a tu alegre compañera de juegos infantiles; si me vieras ahora sólo podría ofrecerte un cuadro desolador que enturbiaría tus recuerdos, y, por encima de todo, quiero evitarte eso. Sin embargo, para convencerte de que tu presencia, tan querida para mí, no es acon-

sejable, me siento obligada a explicarte una serie de circunstancias anómalas que han desembocado en la trágica situación que ahora me embarga y de la que nadie, ni siquiera tú, puede salvarme.

El destino ha sido injusto y cruel conmigo, cargando sobre mis frágiles hombros la expiación de un yerro del que no soy culpable. Cuando hayas acabado de leer esta carta comprenderás la magnitud de la condena que pesa sobre mí y de la que sólo la muerte podrá librarme.

He sido una prisionera dentro de mi propia casa, a pesar de tener todo lo que una mujer puede desear. Vivía, como sabes, en una mansión espléndida enclavada en South Down, Hambledon, cerca de Portsmouth, y mis menores caprichos eran satisfechos en el acto. La casa está rodeada de enormes extensiones de tierra propiedad de los Sharford, una de las familias más antiguas de Inglaterra a la que pertenezco desde mi matrimonio con Erich, el único heredero de todo el patrimonio familiar.

Gozo de buena salud y mi marido me adoraba. Aunque te parezca extraño, este es el origen de la torturadora situación en que ahora me encuentro.

A los pocos meses de casarme me di cuenta de que, en realidad, Erich me amaba *demasiado.* Quizá me precipité al unirme con él, pero, cuando le vi por primera vez, quedé fascinada. Es el hombre más hermoso que he visto nunca. Su cuerpo, extraordinariamente esbelto, cautiva de inmediato por la suavidad y elegancia de sus movimientos. Tiene un cuello poderoso y un menton ligeramente prognato que, en cualquier otro, estropearía el encanto; en él, por el contrario, lo acentúa. Pero, sobre todo, sus grandes ojos dorados guardan una expresión tan noble que conmueve. El poderoso y raro atractivo que emana de su persona y un temperamente bondadoso, hacen que le adoren todos cuantos le conocen. Yo también lo hice. Pero la belleza física no puede mantener un matrimonio. Pronto advertí en él rasgos de un carácter tan débil que me decepcionó.

Su comportamiento conmigo llegó a ser enervante. Como te he dicho, él me amaba hasta la locura, tanto que no me dejaba sola ni un momento. Se levantaba con el alba, mientras yo dormía, y en seguida se iba a cuidar las perreras. No sé cómo lo adivinaba, pero cualquiera que fuese la hora en que me despertaba, antes de que pusiera los pies en el suelo, ya lo tenía a mi lado. Me traía las zapatillas y me ayudaba a ponerme el salto de cama. Sustituyó totalmente a mi doncella. Mientras me bañaba, esperaba pacientemente en el dormitorio; luego me iba entregando las prendas que había de ponerme, olfateando antes en ellas mi perfume con verdadera delectación. Cuando decidía salir, me acompañaba siempre; si me quedaba en casa, volvía a cuidar personalmente las perreras. Los perros y yo éramos sus dos únicas pasiones. Vigilaba con desconfianza a cualquier desconocido que se acercase a nosotros. En el caso de los perros es comprensible, si tienes en cuenta que de las perreras de los Sharford salen los ejemplares más puros y más caros de toda Inglaterra. Al contrario de lo que suele suceder, no es el comprador quien exige un *pedigree* impecable, que allí está asegurado, sino que el aspirante es cuidadosamente investigado para asegurar que el noble animal que se le entrega gozará de todos los cuidados posibles. La exigencia implacable de este requisito es el único rasgo de firmeza en el carácter de mi esposo. En todo lo demás se comporta con una falta tan absoluta de interés, que sería desastrosa para sus intereses si el viejo administrador no supliera con su dedicación la desgana de Erich para ocuparse de otra cosa que no fuéramos sus perros y yo.

Durante el primer año intenté salir varias veces sin avisarle para gozar de esos momentos de soledad que todo el mundo necesita de vez en cuando. Fue inútil. Nunca pude esquivarle. Me acompañaba a actividades específicamente femeninas, como las reuniones en la parroquia para organizar el ropero de los pobres. Me sentía tan vigilada que, finalmente, tuve que reprochárselo. No se defendió con ningún argu-

tamente admirable. Yo iba dando un paseo por el bosque cercano y, naturalmente, él me acompañaba. Caminaba distraída, pensando en nuestra extraña relación, cuando hizo que me detuviera con un grito imperioso. Se adelantó rápidamente y, con un gesto decidido y expectante, con todos los sentidos alerta, se dirigió hacia un matorral cercano mientras me indicaba que me resguardara detrás de un árbol. Del seto saltó un jabalí furioso que se abalanzó sobre él. Luchó contra el animal ferozmente, con la sola ayuda de sus manos. Me sentí aterrorizada, segura del trágico desenlace de la pelea. Pero Erich estaba transfigurado. Nunca hubiera imaginado en él esa agresividad incontenible. Estaba tan salvajemente enardecido que, finalmente, consiguió reducir al animal y golpearle brutalmente la cabeza contra el tronco de un árbol.

Sin duda era la desesperada madre de unos jabatos que, dos días antes, habían capturado imprudentemente los criados de la casa. Erich quedó malherido, pero era evidente que, a costa de su integridad, me había salvado la vida, y, por una vez, me sentí orgullosa de él.

Pero, después, la vida cotidiana se impuso, y con ella una serie de hábitos extravagantes que me irritaban profundamente. Por ejemplo, su comida: alegando que su estómago delicado no soportaba otra cosa, se alimentaba una sola vez al día con una mezcla de arroz cocido y carne picada, que a mí me parecía repugnante. Sólo de vez en cuando admitía que se le añadiese un poco de zanahoria rallada. Asombrosamente, goza de una salud inmejorable y su cuerpo es tan ágil como el de un animal joven.

Cuando salíamos a pasear, nunca caminaba junto a mí. Iba delante o detrás, observando cuidadosamente el suelo, como si buscase no sé qué. Por la noche le despertaba el ruido más ligero. Entonces se incorporaba inquieto en la cama, escuchando con una rara concentración sonidos totalmente inaudibles para mí. Este hecho se repetía varias veces, y no volvía a dormirse hasta estar seguro de que todo permanecía tranquilo. Entonces se acurrucaba a mi lado y comenzaba a acariciarme de un modo que llegó a resultarme insoportable. Pasaba su lengua por mi cuello interminablemente, por mis brazos, por mi cara... Casi llegué a no poder resistirlo...

Todas estas cosas fueron produciéndome un estado tal de agobio y malestar, que, aún sabiendo que mi marcha le destrozaría, había decidido alejarme de él. Un acontecimiento inesperado, sin embargo, me obligó a retrasar el proyecto: estaba embarazada, y esta circunstancia, que en otro momento hubiera sido motivo de felicidad, me produjo una profunda inquietud.

Quizá todas las costumbres extrañas que te cuento de mi marido, las haya adquirido del contacto con su madre, una mujer notable por sus extravagancias.

Nunca me he atrevido a comentar con Erich un dato delicado relativo a la intimidad de su familia, cuyo conocimiento por mi parte tal vez le hubiera molestado. Pero por la confidencia de una vieja criada he sabido que él nació dos años después de morir su padre. La identidad del último amante de mi suegra es un secreto guardado celosamente, si es que alguien lo conoce, aunque se saben con precisión todos los detalles relativos a los otros devaneos que, según cuentan, ella tuvo hasta su madurez.

Carecía de eso que llamamos prejuicios sociales, y más de una vez escandalizó a sus vecinos con una conducta licenciosa. Es posible que su acusado y excéntrico carácter anulara hasta la pasividad el temperamento de mi marido. Yo la recuerdo, particularmente, encerrada todo el día en su habitación, acostada junto a un montón de perros de los que no se separaba nunca y que proporcionaban al dormitorio un olor sumamente desagradable.

Aunque Erich ha sido muy delicado en este aspecto a fin de no herirme, he comprendido, por ciertos comentarios suyos más o menos ambiguos, que ella se opuso rotundamente a nuestra boda, aún sin conocerme. Creo que no pudo soportar que hubiera otra mujer en la vida de su hijo y, a los pocos días de casarnos, se fue a Birmingham, donde la familia tiene propiedades. Después de su marcha, Erich languideció, merodeando melancólico por la casa durante semanas enteras.

No sé quien le dio la noticia de que estaba encinta, pero, una tarde, su coche se detuvo delante de la mansión y descendió de él altiva y malhumorada. Alegando razones triviales y confusas, manifestó su profundo desagrado por mi embarazo, e incluso llegó a sugerir la conveniencia de interrumpirlo.

Al otro día las dos bajábamos de la planta alta para tomar el té. Yo iba delante de ella y, no sé como pudo ocurrir, pero quizá resbalé. Lo cierto es que habría rodado por las escaleras si, movida por un reflejo rápido, no me hubiera agarrado a la barandilla.

He pensado varias veces en aquel incidente, y no puedo evitar la sospecha de que ella me empujó con el propósito de acabar con un embarazo cuyo buen término, incomprensiblemente, le inquietaba tanto. Unos días antes del parto se marchó de improviso sin avisar a nadie.

En este ambiente, opresivo para mí, la gestión se desarrolló con irregularidades y molestias continuas. Varias veces pensé que aquel niño no llegaría a nacer.

Pero mi... hijo vino al mundo una mañana de noviembre. Cuando llegó el momento, Erich fue en busca de Mr. Carley, el médico de South Down que había vigilado el embarazo.

El parto fue dolorosísimo, y el doctor mantuvo, desde el principio, un gesto de reserva y preocupación.

Al llegar el momento decisivo, aunque estaba a punto de desmayarme por el intensísimo dolor que me producían las contracciones, advertí que el médico, bruscamente, mandó salir a todo el mundo de la habitación. Su rostro se había cubierto de una intensa palidez. Cuando acabó la expulsión y mis gemidos se apagaron, el silencio fue absoluto. Pensé que mi hijo había nacido muerto. ¿Por qué no lloraba?

El gesto de abatimiento del doctor que, sentado en un sillón se había tapado la cara con las manos, me hizo temer una desgracia irreparable. Pregunté asustada por la causa de su alteración, pero él no pudo responder. Intenté incorporarme para ver qué ocurría. Las fuerzas me fallaron. Lo que había sucedido era mil veces más atroz que la muerte; algo menudo se removía a los pies de mi cama: era lo que yo acababa de traer al mundo, y de su naturaleza híbrida salían débiles, pero inconfundibles ladridos lastimeros, que me helaron el corazón.

Creí enloquecer. Durante tres semanas estuve debatiéndome entre la vida y la muerte sumergida en una pesadilla continua, pero infinitamente menos aterradora que la realidad. Mi... hijo había sobrevivido, pese a su monstruosidad. Renuncio, por razones que

comprenderás, a describir los pormenores de su morfología y comportamianto. Me trasladé con él a un pabellón aislado de la casa para evitar la morbosa curiosidad de posibles visitas. Durante las larguísimas horas que pasé allí sumergida en la desesperación y la angustia, busqué una razón que justificara la espantosa mutación producida en aquella criatura. Creo que al fin lo he comprendido. Todo tiene su origen en esa odiosa y depravada mujer: la madre de Erich. Acostumbrada a una vida amorosa intensa y poseida quizá por una enfermiza deformación de su libido, no pudo soportar la soledad a que su vejez le condenaba. Se entregó a prácticas sexuales aberrantes y bestiales cuya marca quedó indeleblemente impresa en los cromosomas de mi marido. Esto explica la anomalía de su carácter, sumiso y fiel, desconfiado y vigilante, a veces feroz, y sus extraños hábitos alimenticios. Finalmente, la ley implacable de la herencia ha producido este cachorro semihumano que lame mis senos en busca de alimento.

Pero basta, basta ya. Creo que es suficiente para que hayas comprendido la razón por la que no quiero que me veas. Destruye esta carta, por favor y, si puedes, ólvidala.

Un último y emocionado abrazo de quien siempre te querrá.

Olivia».



Monólogo a dos voces





Monólogo a dos voces

Fernando Martín Iniesta

El amor y el odio se confudieron, se mezclaron, se enredaron entre sí hasta convertirse en una fuerza intensa, capaz de justificarlo todo... ¿Y qué había que justificar?



SABE que le acecho, que no puede darme la espalda cuando entra en esta habitación; no ignora que, de mí, puede temerse lo peor; tiene la conciencia de que sólo vivo para vengarme de él, para hacerle pagar esta tortura a la que me tiene sometida. Matarlo es poca cosa y él lo sabe.

* * *

Un accidente será la solución. O que ella, desesperada, tome la decisión de suicidarse. Pero no lo ha pensado ni nunca lo pensará. Para ella, no ha sucedido nada. Todo sigue igual, igual, y yo soy un monstruo, el único culpable, el ser que goza teniéndola recluida en esa habitación... Esa habitación... ¿Habré dejado bien cerrada la puerta? Creo que sí. Pero nunca estoy seguro, siempre temo haberme olvidado de echar el cerrojo. Esto me obsesiona. ¡Sería espantoso que pudiera escaparse!

Voy, una vez más, a comprobar que no puede huir.

* * *

Oigo sus pasos: se acerca. No, no viene a traerme

la comida, tampoco a obligarme a que me ponga los ungüentos que el médico me ha recetado; eso sucede al atardecer, y, todavía, no es media tarde. Viene a comprobar que l puerta está bien cerrada. Es su primera obsesión, su gran obsesión, que no le deja descansar un solo instante. Ahora, oiré, nuevamente, el sonido del pestillo de la cerradura. Luego, suspirará para tranquilizarse y sonarán sus pasos, alejándose.

Viene porque tiene miedo, porque el miedo le roe las entrañas. Y él «sabe» que yo sé, veo, siento y gozo con el horror que me tiene. Esa es mi fuerza, la primera manifestación de mi venganza. Por eso, no le mato, no me lanzo sobre su cuello y le estrangulo. Aunque él no lo crea, me sería fácil. Pero fomentar, alimentar y sentir cómo le crece el miedo, es más cruel que su muerte.

Alimentaré su miedo, hasta que lo devore.

* * *

¡Su risa, su risa hiriente y sarcástica, como un puñal, otra vez detrás de la puerta! Hay veces en las que noto su presencia como si traspasase los muros; es la sensación de que el aire se espesa, se materializa, y, entonces, arde. El calor sólo ocupa espacio material de un cuerpo. Si tiendo la mano, me arde; si la retiro, se me hiela. Esta sensación la siento cada vez que me acerco allí, y, algunas noches, al meterme en la cama, la noto ardiendo y observo cómo, a mi lado, en el colchón, en las sábanas, se precisa el hueco que formaba el peso de su cuerpo, y noto cómo me abraza, me aprieta con todas sus fuerzas, con la misma pasión, salvaje y desbordada, que le ha unido a mí durante años. Solo al encender la luz, la sensación desaparece y vuelve el frío a apoderarse de aquella parte del lecho.

Duermo con la luz encendida.

* * *

¡Si al menos me dejase tener un espejo! Pero se ha negado. Es la única cosa que le he pedido, desde que

me tiene en esta situación, casi suplicante. ¡Necesito verme, contemplar mi rostro, saberme hermosa! La belleza ha sido siempre mi gran arma. Con ella lo he conseguido todo, incluso a él. He vivido, como dicen los cronistas de sociedad, con el mundo a mis pies. Cuanto he deseado, lo he tenido, y todo se lo debo al hecho de ser una mujer hermosa. Desde la noche aquella que me proclamaron Miss Universo, comprendí que había nacido para ser admirada, mimada y codiciada por los hombres. Si era inteligente lo lograría todo y creo que, hasta el día que me dejé engañar y traer a este lugar, donde me tiene secuestrada, he obrado siempre con inteligencia: este ha sido mi único error.

¿Cómo era mi rostro? Estoy perdiendo la identidad de sus rasgos, comienzo a recordarlo como una postal antigua y sepia... Tenía —¿por qué no me atrevo a decir «tengo»?— la piel nacarada, la nariz recta, los ojos verdes, largas las pestañas, la boca, acaso, algo grande, con labios gruesos y rojos, la barbilla firme, el cuello largo... ¡Ahora, no puedo reconstruirlo! Me paso las manos, suavemente, recorro con los dedos sus curvas, advierto unas leves arrugas en la frente, bordeando los ojos. Pero, sobre todo, lo que me ha hecho perder la identidad de mi cara, es la dureza que noto en la piel y la casi certeza de que una especie de bultos la están agrietando. Pero sé que esto son aprensiones mías, que si tuviera un espejo desaparecerían los temores.

Por eso, lo más cruel de su venganza ha sido impedir que me vea. Sabía —me conoce bien— dónde estaba mi fuerza.

La única forma de aniquilarme es hacerme dudar de lo que he sido, de lo que, todavía, soy.

Pero no lo conseguirá.

* * *

Nunca sabrá, si puedo evitarlo, por qué la traje a esta casita, aislada en pleno monte, y donde nunca

viene nadie; por qué la encerré en la buhardilla. He pensado decírselo en varias ocasiones; pero ya es imposible. Fue el amor inmenso que le tenía lo que me hizo apartarla de todo y de todos. No hubiera aceptado, en forma alguna, su terrible realidad.

Ahora no sé, si es el amor o el odio, lo que motiva mi silencio. Ambos se han confudido, se han mezclado, se enredan entre sí hasta convertirse en una fuerza intensa, capaz de justificarlo todo... He dicho justificar y me asusta la palabra, porque no son razones morales las que me obligan a hacer lo que hago.

* * *

Nos hemos convertido en dos fieras al acecho, que se alimentan de los trozos de carroña que pueden arrancarse mutuamente. Carroña moral, sentimientos putrefactos, basura de palabras que nos arrojamos como escupitajos cada vez que nos vemos.

Hay días en que nuestra excitación se desborda y necesitamos estar mucho tiempo juntos, para torturarnos mutuamente. Es una batalla feroz y descarnada, implacable, inacabable. No es una lucha a muerte porque, a lo que nos hemos condenado, va más allá de la muerte. Morir sería fácil; matar, más todavía. Por eso, todos mis esfuerzos, se centran en vencer el instinto, que no me abandona, de estrangularlo. Muerto, no me serviría para nada. Le necesito vivo para descargar, sobre él, todo mi rencor, mi odio y mi ira.

A él debe sucederle lo mismo. Matarme, le sería mucho más fácil, ni siquiera tendría que recurrir a la violencia física, que siempre tanto le ha asustado: bastaría con privarme de la comida, dejarme morir de inanición. ¿Por qué no lo hace entonces?

Porque su odio, como el mío, va más allá de la muerte.

* * *

Lucho por no caer en la tentación de los recuerdos:

son como una droga que me dejaría impotente ante ella. Sin embargo, no siempre logro evitarlos, y confieso que son como un baño tibio que me sumerge en una atmósfera irreal de placidez. A altas horas de la madrugada, cuando la sensación, primero de calor, y, luego de frío, se posesionan de mi cama, siento como las paredes se alejan, se vuelven translúcidas y el aire tiene la frescura de su piel; sus brazos, viniendo desde el horizonte, se aferran a mi cuello, en una potente y suave al mismo tiempo embriaguez, y sus labios me dejan vencido, derrotado, incapaz de otra cosa que no sea obedecerla... Su cuerpo, desnudo, bellísimo, joven, vuelve a poseerme plenamente, y, lo único que soy capaz de desear, es que no me abandone.

Y, entonces, comprendo, que es inútil toda resistencia.

Es esta sensación de derrota, de aniquilamiento, frente a ella, la que he vivido durante años, contra la que he luchado, aún sin saberlo, con solo la conciencia de mi derrota. Me ha dominado siempre; a veces, con crueldad, con despotismo, convirtiéndome en un pelele, en un muñeco de trapo, capaz de la máxima degradación.

* * *

Su odio y su impotencia. Un odio disfrazado de amor, sostenido sobre el amor, engañado por el amor. Un odio que ha tardado años en descubrir, y que, yo, siempre, adiviné que dormía dentro de él.

Nunca me aceptó como era. Rico, poderoso, creyó que podría comprarme, como se compra un objeto de adorno, que, además, nos proporciona placer. Yo simulé aceptar la situación: una vida de lujos, viajes, obsequios, dentro del Gran Mundo. A fin de cuentas, es lo que siempre han deseado y desean, las chicas como yo, que han crecido en las privaciones, el trabajo y, a veces, la miseria.

Me ha paseado por los salones, los hoteles de lujo,

las fiestas de sociedad y los círculos elegantes, como a una muñeca, un adorno de carne, un papagayo que sabía sonreir, decir cosas ingeniosas y que atraía, por igual, hacia él y hacia mí, la atención y envidia de hombres y mujeres.

Siempre temí que descubriera lo que ocultaba mi falsa sumisión. Sabía que, cuando esto aconteciera, cuando descubriese que le estaba utilizando, su venganza sería terrible.

Pero nunca fui capaz de adivinar que llegase a estos extremos.

* * *

No, no fue la venganza, sino el amor, lo que me hizo traerla aquí. La he querido siempre, siempre. No podría, entonces, ocasionarle mal alguno.

Quise evitarle el inmenso dolor de leer, en los ojos ajenos, lo que le estaba aconteciendo, en lo que estaba, faltamente destinada a convertirse.

* * *

Necesito que venga, desarmarle, no con la ira, sino con la ironía y la mordacidad. Le haré nacer la nostalgia, le resucitaré los recuerdos, ante los que se siente indefenso.

Me mostraré dócil, seré capaz de hacerle olvidar el crimen que está cometiendo. Y, cuando vuelva a sentirse seguro, le hablaré de aquella noche en Cannes, cuándo, obsesionado por el juego, permitió que Jean me acompañase al hotel. Nunca me preguntó que había pasado, y no lo hizo por orgullo. Y nunca sabrá que, entre Juan y yo, no ocurrió nada... nada. Pero resucitar aquel incidente que, aunque él crea que lo ignoro, le obligó a cambiar nuestros planes y a marcharnos, será un paso más, todavía no el decisivo, en el escalonado plan de tortura a que está destinado.

¿Por qué tarda tanto? Lo espero con impaciencia.

Con una impaciencia y una excitación, que, cada vez más, descubro con infinito placer.

* * *

He trasladado mi dormitorio a la habitación contigua a la que ocupa. Así podré escuchar, cada noche, cuando crea que estoy dormido, sus sollozos. ¡Porque tiene que sollozar! ¡tiene que sufrir, aunque lo disimule, aunque ahogue su llanto cuando estoy en su presencia!

Ya no la temo. Ya sé que no puede volver a sugestionarme con su belleza.

¡Ahora soy yo el más fuerte!

* * *

Le ha sorprendido no encontrarse con mi mirada acerada, con la descarga de rencores que siempre le recibo. Ha intentado mostrarse seguro de sí mismo. Pero yo sé que el miedo le ha crecido, que está a punto de ahogarle, que ya, nunca, suceda lo que suceda, podrá librarse de él.

Es la primera vez que me trae los alimentos sin cubierto alguno para que los tome. ¿A qué vienen, ahora, estas precauciones? Recela, recela de todo, y eso, entra por entero en mis planes. Cree que ya estoy al límite de la desesperación, que soy capaz de cualquier cosa, incluso de matarme. Y me necesita, como yo a él, viva.

Estos lazos que nos unen, son más poderosos, más fuertes, más irrompibles que los del amor o del deseo. Mi tortura es la suya, mi angustia es la misma que el siente. Compartimos la desesperación. Nunca creí que el odio uniese tanto, que los seres humanos fuesen capaces de tanto horror, que necesitasen del pánico para vivir.

Porque la desesperación, el horror y el pánico, es lo único que nos queda.

No. No ha sido necesario que le hablase de Jean.

¿Para qué? Estamos ya más allá de la pasión que puedan provocar los celos, porque el pasado, el tiempo feliz o desgraciado que hemos vivido juntos, ya no existe. Somos solo presente, verdugo y víctima.

Lo que ya no podemos descrifrar es quién es la víctima y quién el verdugo.

Somos la misma cosa, al mismo tiempo. Y estamos descubriendo que hay un placer infinito en torturar, para ser torturado, en herir para herirse al mismo tiempo.

* * *

No me ha engañado su aparente docilidad, su encubierto propósito de confiarme. Pero he sentido, por unos instantes, la debilidad de confesarle los motivos por los que la tengo recluida. La debilidad, la duda, ha durado sólo unos segundos.

Si se lo hubiese confesado, hubiera vuelto a encontrarme indefenso. Sólo puedo sacar fuerzas de la crueldad, fortaleza del odio. ¿O del amor? Porque, acaso, ¿no será el odio el límite desesperado del amor?

* * *

Me ha mirado de una manera extraña, desconocida para mí. Hablaba con un tono extraño, como lejano, como ausente, perdido en el tiempo.

Su voz me ha resultado desconocida.

¿Estará ya al borde de sus fuerzas, incapaz de resistir por más tiempo esta tensión, este feroz combate?

Ha dicho que estará fuera un par de días, y me ha dejado comida, como lo hace últimamente, sin cubiertos, hasta que vuelva.

Creo que no volverá. Este es el final. El único final que no he podido predecir.

También yo estoy agotada, incapaz de resistir por más tiempo. Si tuviese valor, me confesaría que esto, acaso, sea lo que estoy deseando...

* * *

Ya puedo abrirle las puertas: ha dejado de ser necesario que le oculte su secreto, que, ya es también el mío.

He visitado al doctor, y me ha confirmado que yo, también, estoy leproso.

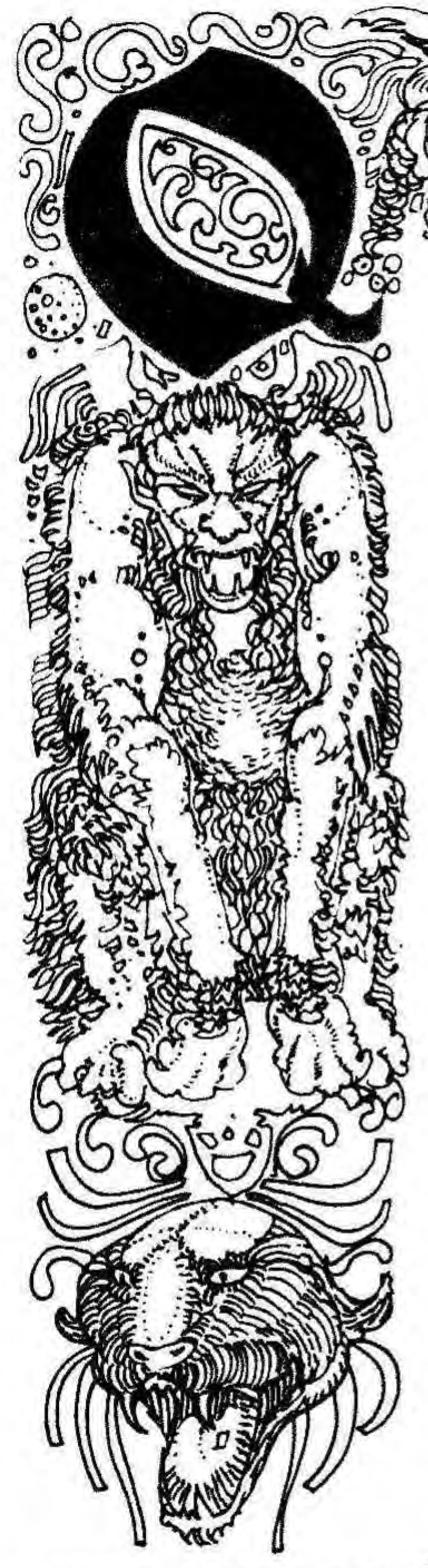



Vientos de
muerte en
« Garganta
del Valle»

Vientos de muerte en «Garganta del Valle»

Jesús María Zuloaga Zuloaga

Proponemos al lector que añada a su capacidad de fantasía un mínimo de sonido; que arrope con efectos acústicos las imágenes que, frase a frase, le asaltarán en el transcurso del presente relato.
Si se decide a hacerlo, comprobará que los personajes tomarán encarnadura real, que los acontecimientos resultarán más escalofraintes...



UÉ sabía el pueblo?

Nol, gustaba de estar sentado sobre la tumba de los suyos, porque el cementerio extendía su yerta población, precisamente sobre el cerro más alto, allí donde el mar empezaba a rendirse en ría y, el aire hecho viento de brisa, le entraba boca adentro, hasta los pulmones, prisioneros del jadeo del asma maldita.

De familia bien, venida a menos, Nol sabía que allí se respiraba mejor, dentro de lo malo.

—¡Qué coño necrofilia ni mierda!

Nol solo era mal hablado en las soledades largas del recinto mortuorio, para él, amable lugar de buenos aires.

—La gente, por lo común —hablaba para sí mismo en voz alta— es canija de mente y perezosa con el poco seso que le correspondió en el reparto. Dicen: «Nol está loco... Nol no habla... Nol siente rencor porque su padre no le dejó un duro y su madre no hizo en vida más que llorar... Nol es amigo de Chichipán, la bruja del Tercer Molino... Nol es vengativo...»

Nol, en realidad, era un desdichado asmático que deseperadamente iba mordiendo el aire de su habitación, el de las calles y plazas del pueblo, con la impa-

ciencia del que sabe que cualquier día, dentro de cualquier hora vacía (¡sin aire!... ¡sin aire!... ¡me ahogo!... ¡me ahogo!) caería con la boca abierta, lo mismo contra el suelo de piedra o de barro sucio o de hierba con bichos y lombrices y excrementos de animales irracionales: mierda de oveja, canicas de cirria, de perro, canutillo seco pronto de color calizo, de burro, deformes manzanas negras hendidas por heridas amarillas... ¡De hombre! con resto de trozos visibles de alimentos sin digerir (¡ésta sería la peor!).

Pero él, ¿qué iba a hacer?

Por eso deambulaba por el pueblo como alma en pena. Y, ya en la quietud de las noches, con la luna llena, redonda como gota de oxígeno inasequible, iba hasta el Tercer Molino despacio, paso contado, pecho medroso.

—Madre Chichipán... aquí estoy.

—Te he notado venir... siéntate...

—Madre Chichipán, ¿moriré mañana?

—No... espera...

La vieja resumida, salió para fuera, olió el agua, mojó en ella un dedo, lo elevó después para ver de dónde venía el viento, fue contando: uno, dos, tres, cuatro... Hasta que la humedad secó. Dio tres vueltas hacia la derecha casi sobre sí misma y tres a la izquierda, agachó su pequeño cuerpo y largó un cuesco, un pedo, vamos, cogió el olor con la concavidad de la mano derecha y la pasó a la izquierda, como si fuera pelota de fetidez... por último, sopló hacia donde el viento venía, hizo la señal de la cruz tres veces, dijo otras tantas: ¡Santo, Santo, Santo!... Tranquilizó a Nol:

—Mañana, no...

—¿Cuándo, entonces, madre?

—Pronto, Nol, pronto... ya te lo dije.

El mozo, lisiado de aires, se iba sin palabra de despedida. Chichipán le llamó con imperio en la resquebrajada voz aflautada:

—¡Nol!... sin mi permiso no cambiarás de sitio. Continúa en el cementerio donde bien respiras. La «Gar-

ganta del Valle» no deberá usarse sin que antes me lo permitan «ellos».

—¡Madre!... yo no quiero mal a nadie... si estoy así, medio ahorcado por el asma, fue porque mi madre no supo parirme mejor...

—Tú, ¿qué sabes?... Eres bueno sin medida...

—¿Acaso hay otra forma de serlo?

Chichipán, miraba hacia el lugar donde el pueblo recogía el caserío, en la madeja enredada de sus calles trazadas a capricho.

—Nol... hay más malos que buenos...

—Madre, no sé que quieres decir.

—Nol, yo moriré antes que tú...

—¿Mañana?

—A lo mejor ahora mismo...

—¡Madre!...

—Si, Nol... por eso... ¡anda, siéntate conmigo en la orilla!

Ella repitió una parte de rito que ya vimos y, con las manos de él entre las suyas, profetizó cantando sin música:

«El que, de espaldas a la mar, expela de sí su olor, cuando la luna abre la boca de su luz, cuando el viento entra por la "Garganta del Valle" al pueblo, recogido en tirabuzones invisibles que dejan solo libre el cerro de los muertos, el cementerio... él y no otro será quien destape el horror, para que mueran sin aire los sucios de corazón, los cerrados de bolsillo, los lenguaraces duchos en la calumnia, las vírgenes que fornican en el pensamiento... ellos, los ladrones del aire ajeno... ¡morirán!»

Chichipán miró a Nol que parecía estar dentro de sus pulmones y gritando: «Más aire, más aire... ¡quiero más!»

—Nol, ¿oíste lo que dije?

—No sé madre.

—Pero quedó escrito en tu alma.

—Si tú lo dices, madre...

* * *

Nol era hijo único, hermano de hija única.

Sabía de ella, que de joven marchó a la ciudad. Nacida diez años antes que él, Nol apenas recordaba su figura.

Pero, en el entierro de su madre (que no hizo más que llorar en su vida, en la mala vida que el esposo pródigo, vulgarmente despilfarrador, le dio) pudo medir la belleza de la ausente.

Todos la miraban con hambre carnal.

A uno, incontinente, que ya se iba para los pechos de la hermosa, con las manos temblorosas, Nol le frenó el ardor de un rodillazo en las partes.

El otro, se revolvió más rabioso por la falta de suministro sexual que por el dolor del golpe y machacó en el suelo las tripas de Nol. Ella, leona incontenible, agarró con las dos manos la cabellera del fanfarrón. Proa retadora, le gritaba echando el busto para delante:

—Anda, chulo, aquí las tienes, cógelas... y te corto el grifo con las uñas...

Luego consoló a Nol que lloraba entre hipos.

—Son malos, son malos... ¡verdad, hermana!

—Alguno habrá que no lo sea... Pero, sí, Nol casi todos lo son.

De nuevo en sus soledades, Nol que sabía oír tan fino como los ciegos, escuchó en el rumor chismoso del pueblo:

—Es puta de lujo en la ciudad... ¡mejor haría en mandar algo para Nol!

Cuando, una vez, el rumor fue palabra clara, nítida que decían descaradamente cuatro hembras en la fuente, Nol no se mordió la lengua.

—Si es puta, será porque sabe el oficio con decoro. Vosotras, además de parir animales que sólo saben repetir la mala crianza de los vuestros ¿de qué entendéis?

—¡Mira éste!... por no saber, no sabe ni respirar...

—¡Dios acabe con vuestras lenguas!

—Eso te dejó tu madre... medio pulmón en cada lado.

Nol, en el cementerio, a solas, abrió de par en par su rabia y eso que también lloraba:

—Sexos encogidos... ombligos sucios... tetas a la funerala... ¡Dios os castigará pronto en un día espantoso!

* * *

En estas, murió Chichipán y, como obedeciendo a un conjuro, su hermana enferma y fatigada, ajada y triste, regresó a la ciudad.

Nol estaba al pie de la cama de la vieja bruja. Era su único deudo.

La hermana quiso desgajarle de aquel sitio lúgubre.

—No... iré luego. Ella no quería morir sin que yo lo supiera antes. Tenía encargo para mí. Algo relacionado con la «Garganta del Valle».

Y quedaron los dos allí solos, junto a la ría.

—Madre, Chichipán... ¡no me dejes ahora!... ¡por tu Dios, madre, dime aquello que profetizaste y yo no recuerdo...

La luna —enorme bolsa de oxígeno puro inasequible para Nol—, miraba a los dos.

El cuerpo de la vieja se estremecía:

—¡Madre! —gritó Nol.

Sin abrir los ojos, dijo así la bruja por entre los dientes carcomidos y estrechos.

«El que, de espaldas a la mar, expela de sí su dolor, cuando la luna abre la boca de su luz, cuando el viento entra por la "Garganta del Valle" al pueblo, recogido en tirabuzones invisibles que dejan solo libre el cerro de los muertos, el cementerio... él será, él y no otro, quien destape el horror para que mueran sin aire los sucios de corazón, los cerrados de bolsillo, los lenguaraces duchos en la calumnia, las vírgenes que fornican en el pensamiento, ellos los ladrones del aire ajeno... ¡morirán!»

Y descansó finalmente rendida.

Nol hizo una tumba entre la junquera.

Fue fácil.

La tierra, frontera a la línea de medición de las mareas, era blanda y suave y negra.

Estaba Nol atando dos ramas en forma de cruz, cuando uno del pueblo llegó con la noticia.

—Están violando a tu hermana en el Casino.

Nol se hizo gigante.

Y...

* * *

El único superviviente habitante hoy del Tercer Molino, sabe contarlo muy bien:

«Entró de la mar algo gris, redondo, cual bolsas de plástico transparente, que, al modo de escafandras se fijaban herméticas en las cabezas de los elegidos para la venganza.

Al de Correos, primero en la hazaña de la brutal posesión de la hermana de Nol, le sorprendió la asfixia en plena masturbación con una postal pornográfica incitante sobre la desordenada correspondencia del día como decoración.

Al carnicero y alcalde, segundo, la bolsa le cerró la respiración y le cegó la visión porque iba llena de polvo fino. Estaba el matarife con la «media luna» en alto, y, con la fuerza del brazo para cortar, se amputó la mano que sujetaba la pieza de carne.

Al boticario, tercero, también le cegó. Buscando aire, tropezó con la banqueta en la rebotica y estrelló la cara en la alacena de los ácidos. No se sabe, por tanto, si murió por falta de aire o porque el afilado diente químico le despedazó ojos, nariz y labios hasta irrumpir en la sesera.

Al juez, cuarto, le atrapó en el baño. Parecía pompa de horrores. Su esposa le extrañó y, cuando le descubrió con los ojos desorbitados, la boca desencajada y la cruel bolsa llena del último aire de sus pulmones, cayó fulminada sobre el cuerpo muerto de su marido.

Al molinero, quinto, la bolsa, llena de avispas, le forzó en un ensueño, en el que se recreaba en el recuerdo de la violación. Cayó en la rueda que giraba sonora y fue pulpa, tinte rojo, para la harina dorada del maíz oloroso, convertido en mugre pútrida a las pocas horas.

¡¡Nol, expelía su dolor, su asma, hacia el pueblo desde la «Garganta del Valle»!!

Parecía un dios exterminador.

Despacio, llegó hasta el Casino.

Su hermana aún vivía.

Con fuerza prestada por aquel instante de locura, la llevó en brazos como si fuera de pluma, hacia el cerro de los muertos en donde el viento corría sin el equipaje de las bolsas mortales.

Al llegar a la tumba familiar, Nol sintió el pasado agotamiento retenido. Pero pudo hablar:

—Tú, hermana, debes vivir...

—Y tú, balbució ella, ¿por qué no?

—Yo voy a morir... sin aire... sin aire... me ahogo... me ahogo...

De pronto el viento se hizo remolino.

Y las bolsas, antes mortales, bailando juegos de alegría como pompas de jabón, fueron trayéndole el último aire, mientras agonizaba.

—Me enterrarás con Chichipán en el Tercer Molino.

—Sí...

El relato del último superviviente, también último habitante del Tercer Molino, decía que cuando llevaron el cuerpo de Nol a la junquera en donde Chichipán reposaba, las bolsas transparentes, lágrimas gigantes, hicieron cortejo detrás del grupo.

En el sitio donde yacía la vieja la tierra estaba fuera. Alguien había profanado la tumba.

Miramos para abajo.

Chichipán, dentro de una pompa de aire la cabeza, sonreía.

—Estaba esperándote, Nol, hijo, exclamó.

Dejamos caer al hoyo el cuerpo sin aire de Nol.

La mar, hendida para entrar en la ría inundó inesperadamente el hueco.

—¡Lo juro! —exclamaba el excepcional cronista de aquellos últimos hechos. Y añadía—: Ella, su hermana, también lo vio.

Chichipán y Nol fueron yéndose flotando impelidos por la pleamar como dos boyas macabras pero felices.

Del fondo de la ría un pez de lomo negro y vientre jaspeado saltó sobre una y otro.

Y todo acabó así. Para mí que fue el Maligno.»

* * *

Aquel mismo día, un pescador famoso cobró el salmón más grande, premiado después en el Concurso Nacional para aficionados en esta especie deportiva.

De la carne del pez comieron muchos... menos los hijos nunca nacidos de los ejecutados por la venganza que entró, arrebatadora, «Garganta del Valle» arriba.





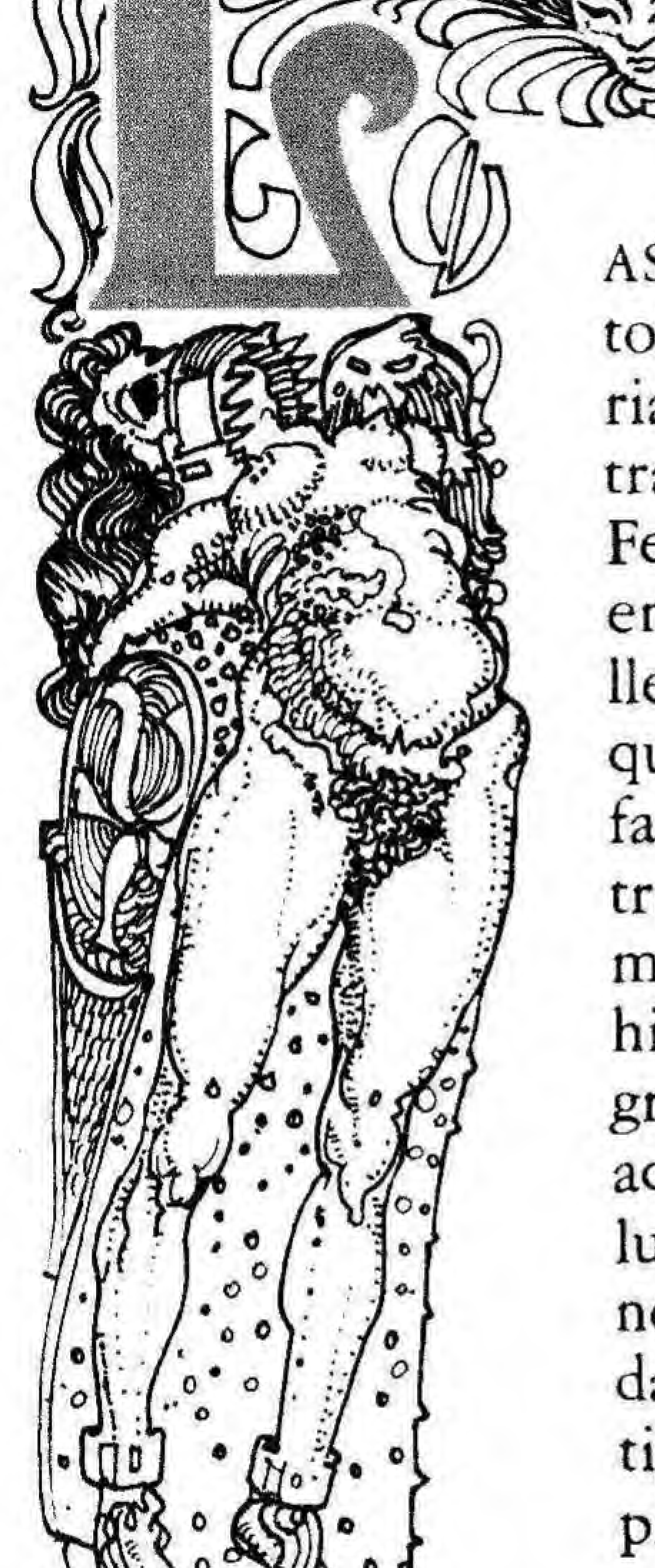


Los colmillos de la cobra

Los colmillos de la cobra

Versión libre de Fernando Aroca sobre un tema de Edgar Allan Poe

Sabía que escondido en el mutismo, en la ausencia de reproches, su marido planeaba, con toda la paciencia de su criminal instinto, una implacable venganza.



LAS casetas, los carromatos, los toldos, los «tíos-vivos», las norias y todos los cachivaches que traían al pueblo la alegría de la Feria, se habían ido acumulando en las laderas del río. Habían ido llegando casi al unísono por lo que, en aquellas horas, todo eran faenas de montaje, ir y venir transportando enseres, ruidos de martillos clavando los enormes hierros que sujetarían el circo, gritos de ira en varios idiomas de aquellos que consideraban que el lugar que se les había destinado no era el más idóneo para la calidad de su espectáculo o el prestigio de sus instalaciones. Siempre era más o menos lo mismo: el propietario de la caseta donde se exhibía la mujer-serpiente, discutiendo con el dueño de los espejos cóncavos y convexos, por haberles asignado un lugar más o menos cercano a la entrada de la Feria; el forzudo que había colocado el anuncio de su número tapando el colocado por el «Mago Cachemira»... Sucesos que se repetían en un lugar y otro y que formaban una de las tantas caras

y bohemio ocultas de aquel mundo trashumante y bohemio

Roulotte de vestido de galas multicolores. Solo en la

alma. El era Adan, el domador de serpientes, había c

que habrás meditado». Nora no fue siquiera capaz de escucharle y, con un rápido movimiento se incorporó y salió afuera. La risa de Adan, ahora casi inhumana, parecida al silbido de las serpientes, la estaría persiguiendo. Sabía que no podría abandonarle, porque él no lo permitiría y sería capaz de dedicar toda su vida a perseguirla, estuviese donde estuviese.

* * *

La llegada de Víctor a la feria despertó, cosa que no era frecuente entre aquellas gentes, la curiosidad. Y no era frecuente porque cuantos trabajaban habitualmente en aquellos quehaceres de feriantes, se conocían todos. Eran como una gran tribu, cuyos miembros podían separarse por algún tiempo, incluso años; pero, más tarde o más temprano, se encontraban siempre. El quehacer de feriante se iba trasmitiendo de padres a hijos creando algo parecido a unas dinastías que explotaban el negocio. Sin que el pacto fuese explícito, cuando llegaba la época de los festejos en pueblos pequeños y, al ser algunos de ellos coincidentes, se repartían los territorios con el fin de no hacerse la competencia cuando explotaban el mismo tipo de diversión. Sólo en los pueblos importantes y en las grandes capitales, donde solía haber negocio para todos, volvían a encontrarse.

Víctor no pertenecía a ninguna familia o tribu. Trabajaba solo. Su actividad consistía en enterrarse vivo durante unos días, a tres metros bajo tierra y unido solamente al exterior por un tubo para respirar y por el que le bajaban los alimentos.

Víctor apareció ante los feriantes, por primera vez, en la capital, unos meses antes. Cuando los feriantes aparecieron con sus carromatos y artilugios, él, con la ayuda de dos hombres contratados entre los vecinos, ya había cavado la fosa y estaba decidido a enterrarse. La curiosidad inicial de los feriantes se convirtió en franca ira y miraron al «muerto vivo» como si se tratase de un usurpador que se les había adelantado en

la expectación de los nativos. Pero esta sensación que había provocado, pronto desapareció. Víctor era hombre agraciado, amable, dispuesto siempre a hacer un favor, comprensivo para los demás y con la cualidad de apaciguar ánimos encrespados o actitudes irreflexivas. Al poco tiempo, se convirtió en una especie de confesor y consejero de los demás. aunque, en aquel ambiente, no era fácil darse a conocer como hombre culto, la realidad era que su afición a los libros le había proporcionado una gran formación, que, con más o menos intensidad, afloraba en su carácter y por lo que era admirado por casi todos los componentes de aquella «troupe» de seres elementales que se aunaban en torno a las ferias. Independientemente de su carácter, la actividad que ejercía, le había granjeado un gran respeto: un hombre que se enterraba vivo, era, sobre todo, un ser que no creía en sugestiones, supersticiones y tabúes, lo que demostraba un gran valor. Y, el valor, en aquel mundo como en cualquier otro, siempre provoca admiración.

Nora y Víctor se vieron, por primera vez, en el instante que él era desenterrado. Una gran miltitud rodeaba el cercado, de unos doce metros de diámetro, en cuyo centro se había cavado la fosa y que, en aquellos momentos estaban retirando la tierra dos hombres, con unas palas. El silencio expectante atenazaba las gargantas de los asistentes. Se adivinaba como un latido inmenso y sordo de todos los corazones. Cuando los improvisados sepultureros tocaron con sus palas el ataúd metálico, y el chocar de los metales sonó como el chirrido de una sierra, las gentes se abalanzaron sobre la débil malla del cercado, casi a punto de romperla. Pero su propia tensión expectante, los detuvo. Nora, presa de una curiosidad incontenible, saltó el cercado y, con ojos ávidos, devoró lo que estaba sucediendo. Los dos hombres, con unas cuerdas, izaban el ataúd. El encargado de la ceremonia, y cuando ya el féretro estuvo sobre la superficie, llamó al Notario del pueblo quién había le-

vantado acta del momento en que aquel hombre fue enterrado vivo y conservaba en su poder las tres llaves del ataúd. El Notario, tembloroso ante aquel hecho del que se había negado a levantar acta y a la que tuvo que acceder por exigencia de su profesión, procedió a abrir las tres cerraduras. Las llaves, por la humedad que habían almacenado las cerraduras, chirriaron. Al lenvantar la tapa, el hombre, cegado por la luz del sol después de largos días en la oscuridad, hizo un leve movimiento hasta taparse los ojos con las manos. Un clamor sordo de la multitud apelotanada que, ante la certeza de que el hombre estaba vivo, rompió en incontrolados aplausos. Víctor, con un impecable smoking blanco, con estudiada lentitud, se fue incorporando. Sólo la lividez de su rostro y la barba crecida en aquellos días, marcaban un cierto contraste con su digna apostura. Lo primero que vieron sus ojos fue a Nora en cuyo rostro el miedo se fue transformando en asombro, y el asombro, en una extraña y desconocida felicidad. Instintivamente, se acercó a aquel hombre, y, con el pañuelo de flores que llevaba anudado al cuello, le limpió las breves gotas de sudor que le abrillantaban la cara. Víctor, sólo fue capaz de decir:

—Gracias.

Pero, a través de sus miradas, ambos comprendieron que aquel encuentro no iba a ser el único, sino el primero.

Lo que Nora no supo, lo que tardaría mucho tiempo en saber, era que Adan, frente a ella, les estaba observando fríamente y había comprendido, con todo el odio contenido de que era capaz, lo que podían significar para él aquellas miradas.

El segundo encuentro entre Víctor y Nora no tardó en producirse, lo buscaron de una forma casi insconsciente ambos. Víctor había sido siempre, a pesar de su falsa apariencia de hombre aficionado al trato con los demás, un ser solitario. Huérfano de padre y madre, con una niñez falta del verdadero ca-

riño, cuidado por unos parientes y con una juventud viajera en la que tuvo que ejercer toda clase de oficios para ganarse el sustento, había tomado la decisión de «enterrarse vivo» como medio de subsistencia precisamente porque estaba acostumbrado a la soledad. Comprendió que, con un poco de suerte y dedicando cinco o seis días al mes a hacer de cadáver viviente, podría vivir con cierta holgura y dedicar el resto del tiempo a su gran afición: la lectura. De aquí que, desapareciese al día siguiente de terminar sus actuaciones sin dejar rastro. Solo el encuentro con Nora le ató, de una manera fija, a aquel grupo de feriantes, y, por única vez en su vida, compartió con alguien algo más que un simple trato social.

Nora y Víctor volvieron a encontrarse al día siguiente. Las primeras palabras que cruzaron entre sí encerraban ya el tono de dos seres que se conociesen desde siempre o que estuvieran destinados a entenderse. Víctor adivinó el miedo terrible de Nora, un miedo que había alcanzado ya los límites con el terror y que se manifestaba impotente y vencido ante Adan. El miedo de Nora, ante la seguridad en sí mismo que mostraba el hombre parecía agigantarse y crecerse.

Aquel día, antes que Nora pudiese vacilar, Víctor le indicó que le siguiera:

—Tenemos que encontrar un sitio donde hablar con tranquilidad, sin que nadie nos interrumpa.

—Si —dijo Nora—, es necesario.

Caminaron un buen trecho en silencio hasta que Víctor se detuvo ante la puerta de un hotel de baja estofa.

—¿No te importa venir conmigo... arriba?

Nora, con un gesto, le indicó que no. Cruzaron el hall y él cogió una llave del casillero. Los breves peldaños de la escalera le parecieron a ella interminables y creyó que había transcurrido un siglo hasta que llegaron a la habitación y Víctor cerró la puerta con un sonido de goznes oxidados.

Nora no había pensado, cuando deseó ardientemente volver a ver a Víctor, que terminaría en una

mísera habitación y sobre una cama. Cuando la mujer contó a Víctor cuales eran sus relaciones con Adan, la clase de vida a la que le había condenado y el terror que le inspiraba y, como toda respuesta, recibió la sonrisa firme y alentadora del hombre, sus miedos desaparecieron y se sintió otra vez llena de alegría y esperanza. Por eso, después que Víctor ya le había desnudado con la mirada, ella no tuvo la más leve vacilación en desprenderse de sus ropas y entregarse a él con toda la pasión y ceguera de quien se agarra a una tabla de salvación.

Cuando Nora regresó a la «caravana» donde le esperaba Adan todavía conservaba el olor a la piel sudorosa de Víctor y la humedad de sus besos, como un sello o una marca, aún le quemaban la boca.

Adan la estaba esperando. Nada más verla había comprendido, con la astucia de serpiente que le caracterizaba, lo que había sucedido. No preguntó nada. Pero, sigilosamente, volvió a abrir las cestas de los reptiles como una amenaza que ella comprendió. Pero, en esta ocasión, no se marchó del carromato sino que estuvo un rato jugando con las serpeintes como el que acaricia, para después usarla, un arma mortal.

Los encuentros entre Víctor y Nora fueron cada vez más frecuentes. Se necesitaban y se encontraban. Las precauciones para no ser sorprendidos en estos encuentros, fueron olvidándolas cada vez más, presos de la fiebre que les atraía. Adan permanecía silencioso, sin hacerle siquiera un reproche, madurando, con toda la paciencia de su criminal instinto, una implacable venganza.

La Feria ardía de luces multicolores, silbidos de sirenas, altavoces y bullicia de visitantes. La afluencia de público era extraordinaria y los feriantes avizoraban un buen negocio. La atracción que había logrado atraer a todo aquel gentío, era Víctor, el hombre que se enterraba vivo y que había prometido batir su propio record de permanencia bajo tierra. En esta ocasión, en torno al lugar donde se había excavado la

fosa, se había levantado una tribuna que permanecía abarrotada de espectadores. Para aquellos curiosos que no estaban decididos a pagar la cara localidad sino otra más modesta, se había habilitado una especie de pasillo por el que, sin detenerse, circulaban constantemente los curiosos. Por medio de unos altavoces, una voz vibrante y solemne, no exenta de dramatismo, anunciaba: «Pasen, pasen, señoras y señores. Contemplen la fosa excavada donde «Mister X» permanecerá enterrado durante doce días, volviendo de las terribles tinieblas hasta la luz vivo y resucitado. ¡Espectáculo único en el mundo! ¡«Mister X», el único ser de la tierra capaz de aguantar la angustia de la muerte! Pasen, señoras y señores. Vean, por primera y única vez, en esta localidad, como es enterrado «Mister X».

Nora estaba ayudando a Víctor a vestirse. Cada vez que le contemplaba sentía un extraño temor, una angustia desconocida y atenazante:

—Tengo miedo, querido.

—¿Qué puedes temer?

—No lo sé... ¿Se lo has dicho ya?

—No he tenido oportunidad —dijo Víctor, intentando tranquilizarla— cuando termine... todo, se lo diré. Sabrá que vamos a marcharnos, que debe resignarse a perderte.

Nora negó con la cabeza:

—No, nunca se resignará.

—No tendrá otro remedio.

La firmeza de las palabras de Víctor, en esta ocasión, no lograron tranquilizarla. Le dio un largo beso y se quedó contemplándole mientras cruzaba la puerta camino de aquella tumba fingida a la vez que un nudo le atenazaba la garganta y unas incontenibles lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Victor, con su brillante capa negra de raso y su blanco smoking llegó entre grandes aplausos al lugar donde se celebraba el espectáculo. Todas las miradas se posaron en él, y, como siempre, al ser pasto de admiraciones y temores encubiertos, se sintió como

un dios, potente y hercúleo. Con la ensayada solemnidad, se tendió en aquella gran caja que sería su aposento durante doce días. No sentía temor de ningún tipo: había revisado cuidadosamente el gran tubo por el que, a las hora concertadas, le harían bajar la comida. En esta ocasión, y dado lo largo de la permanencia, había mandado fabricar un ataúd más grande del que usaba normalmente, con el fin de poder hacer algún pequeño movimiento durante la larga espera. Asimismo, el tubo se había mandado agrandar, ya que, en esta ocasión precisaría alimentos más sólidos y era necesario que cupiesen por él.

Habían transcurrido once días desde que fue enterrado. A través del tubo hablaba algunas palabras con sus ayudantes, siempre que hubiera espectadores. Nora, incluso, a través de aquel medio le había recordado varias veces que le quería. La voz de él le solía llegar lejana y debilitada, pero era la certeza de que nada había sucedido, que sus temores eran infundados y que, pronto, volvería a tenerle entre sus brazos.

Víctor, en su encierro, contaba las horas que le faltaban para volver nuevamente a la luz. Sabía que era de noche y que, a la mañana siguiente, sería desenterrado. La prueba había sido más dura de lo previsto y deseaba que terminase de una vez.

De repente, por el tubo, cayó sobre su pecho un extraño objeto que le sorprendió. Al palparlo, lo sintió vivo, resbaladizo y de un extraño hedor. Desde el exterior, a través del tubo, oyó la voz terrible y conocida de Adan: «Este es mi regalo... de despedida».

¡Supo entonces que aquel bulto, aquel ser que reposaba en su pecho era la cobra venenosa de Adan! Pensó que si no se movía, si era capaz de resistir sin siquiera respirar unas horas más, acaso, el terrible animal no le atacaría. Los fosforescentes ojos del reptil no cesaban de mirarle. Con toda la desesperación acumulada en su mente intentó no moverse...

* * *

A la mañana siguiente, cuando, ante una muchedumbre inmensa que esperaba verle levantarse victorioso y feliz, el Notario procedió al rito de abrir el ataúd, el gentío enmudeció de terror al ver izarse, tras la tapa, el cuerpo monstruoso de una cobra.

El rostro de Víctor, desencajado y terrible, mostraba todo el horror de un infierno inventado. Su cadáver apareció retorcido y quebrado por un esfuerzo supremo.

Adan, que, mezclado entre la multitud esperaba un desenlace que ya conocía, no pudo evitar mascullar unas palabras:

—No ha sido la serpiente... hace años que le arranqué los colmillos... para que no pudiese hacerme nada.

Después sigilosamente, huyó entre la espantada multitud.





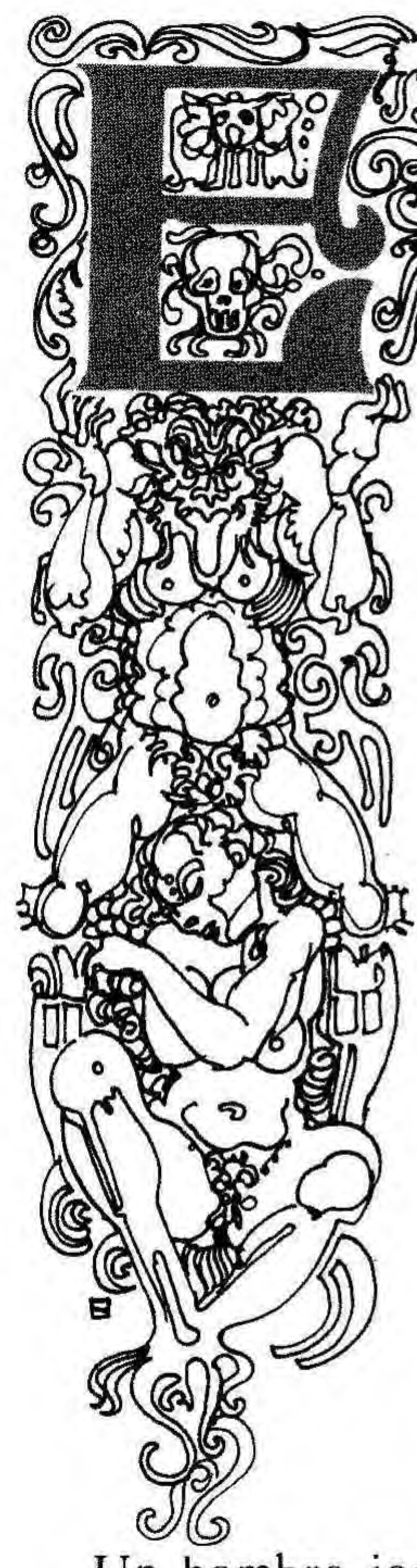


Los panaderos de Ritesti

Los panaderos de Ritesti

Nino Velasco

No podían aclararle nada más. Las cosas eran «así». Lo eran para ellos y lo habían sido para sus padres y para sus abuelos. Se trataba, al parecer, de algo absolutamente natural...



NTRE los Montes Metálicos y los Alpes de Transilvania, atravesando la zona central del territorio rumano, corre el curso del río Mures, un afluente secundario del Danubio. Próximo a sus aguas y a unos 130 kilómetros de Timisoara, justamente sobre el paralelo 46, se levanta un pueblo tranquilo de unos seis o siete mil habitantes, cuyo nombre, Ritesti, difícilmente se encuentra en los mapas de un atlas común.

Una carretera de segundo orden, estrecha y mal pavimentada, avanza paralela al cauce del río; se trata de una calzada llena de parches y sin señalizar, que cruza por un territorio árido y solitario, flanqueada por las últimas estribaciones de las dos cadenas montañosas que accidentan la región.

Un hombre joven, con barba rojiza y ojos claros, conducía un empolvado Citroën 2 CV y maldecía la ocurrencia de seguir el impulso alocado de dirigirse hacia un lugar que jamás había oído nombrar, Ritesti, tan sólo porque la confidencia de un camarero del hotel de Timisoara donde se alojase la noche anterior, le había parecido digna de crédito y posible fuente de material para un reportaje lateral de tipo

folklórico que enviaría a su revista. En realidad, él estaba recorriendo centroeuropa desde hacía dos meses, recogiendo datos para un libro extenso y detallado sobre las formas de vida y relación cotidiana de los llamados países del Este, un proyecto que trataba de reflejar aspectos inéditos de una zona que, o bien se analizaba habitualmente desde perspectivas sociopolíticas, o se mostraba como un repertorio tópico de estampas coloristas y anecdóticas.

El paraje desolado y agreste, una melancólica mañana nublada de noviembre, cien kilómetros de trayecto dificultoso sin encontrar vestigios de vida y un frío húmedo que penetraba hasta los huesos, incluso le había hecho pensar en desistir de tan insensata incursión para regresar de nuevo a Timisoara a fin de tomar el camino hacia la frontera húngara.

Sin embargo, cuando consideraba seriamente esta posibilidad, un alto depósito cilíndrico de cereales se destacó en el horizonte tras un suave cambio de rasante, y, en seguida, el hombre de la barba rojiza distinguió al fondo del paisaje neblinoso, un grupo de edificios bajos que delimitaban una población pequeña, algo semejante a la aparición de un pueblo manchego en la llanura invernal tras un viaje monótono e incluso depresivo. Cuando se acercó más, aliviado después de un trayecto incierto durante el que llegó a dudar de la existencia de aquel lugar, reparó en que el pueblo carecía de iglesia o, al menos, de iglesia provista de torre, esa especie de emblema arquitectónico que define, para un viajero de otras latitudes, la condición cristiana de todo un continente.

Estaba harto de coche y lo dejó aparcado frente a una especie de taberna apenas llegó a una plaza grande rodeada por edificaciones de dos plantas.

La plaza, envuelta en una neblina tenue, aparecía desierta. No sólo ningún habitante de la localidad la animaba con su presencia, tampoco se escuchaba el menor ruido que informase sobre cualquier clase de actividad en un pueblo que, a causa de su evidente limpieza y una cuidada fisonomía exterior, desechaba

la idea de que estuviese deshabitado. Unos cuantos coches y tres o cuatro furgonetas permanecían aparcados junto a las aceras.

Quería tomar algo caliente y empujó la puerta de la taberna frente a la que se había detenido, sin convicción alguna, es bien cierto: sólo había que reparar en la oscuridad interior del local para saber que estaba cerrado. Se miró el reloj, afectado, de pronto, por una especie de confusión temporal provocada por unos ámbitos que parecían sumidos en ese silencio y esa quietud que sobreviene a la hora del alba en una pequeña población rural. Pero no cabía la menor duda; eran las doce del mediodía.

El hombre de la barba rojiza echó una ojeada a su alrededor, buscando algún signo de vida. Tan sólo en la plaza, compuestos con letra aproximadamente gótica, descubrió tres carteles colocados sobre los aleros de otros tantos edificios de piedra grisácea, donde se podía leer el mismo rótulo: TAHONA. A la entrada del pueblo había visto otro. «Una población de panaderos», pensó, mientras echaba a andar en busca de algún sitio donde poder tomar algo que le reconfortase después de un viaje que empezaba a calificar de «estúpido» al fondo de su conciencia.

A las dos, después de haber recorrido gran parte del pueblo sin otros encuentros que la visión lejana de un perro vagabundo, se argumentó a sí mismo que era posible afirmarse en un par de hipótesis: o todo el mundo dormía, lo que resultaba extremadamente raro a aquellas horas (más que raro se podía afirmar que era completamente imposible) o bien la población había abandonado el municipio súbitamente, apenas unas horas antes o unos pocos días antes.

No podía ser de otra manera: las calles estaban limpias, los coches aparcados junto a los bordillos no mostraban ninguna señal que los identificase como vehículos abandonados hacía tiempo; es más, el hombre de la barba rojiza (un periodista español llamado Sergio Sánchez), ante lo insólito del caso, se asomó a las ventanas de varias viviendas para descubrir en su

interior el espectáculo común de estancias aseadas donde se podían detectar indicios de vida normal: un cuaderno abierto, junto a un lapicero, una goma de borrar y un libro, que delataban la presencia de un muchacho haciendo sus deberes escolares la noche anterior; ceniceros con restos de cigarrillos o un periódico abandonado junto a una butaca, vestigio de la presencia de alguien que se marchó a la cama tras ocupar los últimos momentos de la jornada en echarle una ojeada a la prensa... Los muebles, que recordaban el tipo de cosas que se usaban en occidente hacia los años cincuenta, se veían bien conservados, sin polvo alguno; enseres domésticos que evidenciaban un trato cuidadoso y reciente, los desvelos propios de un ama de casa particularmente atenta a sus deberes. «Los dormitorios», evocó espontáneamente el hombre. Si todo el mundo dormía, tal vez fuera posible descubrir, a través de alguna ventana propicia, a algún ciudadano en el lecho. No lo consiguió, a pesar de husmear, ya sin miramiento alguno, por las fachadas de diversas casas del pueblo: había una zona de todas las viviendas cuyos vanos estaban cerrados a posibles miradas exteriores mediante sólidas persianas de madera o incluso por postigos firmemente atrancados que impedían fisgonear el interior de cierto sector de los edificios. Todos los relojes que viera en estas viviendas marcaban la hora correcta.

A las cuatro de la tarde, cuando la niebla se hizo más espesa y un frío más húmedo embalsamó paulatinamente las fantasmales calles de aquella ciudad, Sergio Sánchez regresó al lugar donde había dejado su coche, más que malhumarado, sobrecogido del todo, no sólo por la extraña circunstancia que se agazapaba en aquel lugar insólito; también afectado por la absoluta soledad de plazas y perspectivas, una carencia de vida tan abrumadora que, unida a los signos evidentes de una actividad que no podía colegir en qué momento se desarrollaba, le hicieron optar por el regreso a Timisoara con ese sentimiento frustrante de quien ha porfiado con tenacidad en la resolución

de algún problema, teniendo que rendirse finalmente sin haberlo resuelto.

Una tarde cubierta de nubarrones desgajados que corrían con velocidad sobre la llanura inhóspita, le depararon unos inicios del regreso cargados de molestos recuerdos y presagios. A diez kilómetros del pueblo, detenido en la cuneta, vio a un hombre viejo vestido de forma chocante según el criterio de un occidental. Después descubrió el rebaño de ovejas y supuso correctamente que era pastor. Detuvo el coche en el arcén y salió del vehículo para ir a su encuentro. El pastor le aguardó mirándole con los ojos entornados, sin mostrar inquietud alguna. En una mezcla de abyecto rumano elemental y señales mímicas, Sergio recibió una información tan extraña como tranquilizadora. Transcribo en castellano el cúmulo de gestos y palabras provinientes del pastor, que determinaron el regreso de Sergio Sánchez a Ritesti.

—Ahí la gente duerme de día y vive de noche... Todos se dedican a la panadería... Son raros, sí, pero es su forma de vivir.

Cuando penetró de nuevo en las calles del pueblo había cerrado la noche, y Sergio pudo contemplar un espectáculo obviamente desconcertante. El reportaje podía ser fastuoso. Tocó su cámara, depositada en el asiento contiguo, con las yemas de los dedos: las iluminadas calles nocturnas mostraban esa particular actividad ruidosa que se produce durante las primeras horas del día en cualquier localidad del mundo; las furgonetas y los automóviles se habían puesto en movimiento, mientras que la gente, recien aseada, con la expresión soñolienta y las solapas de los abrigos subidas, se dirigían a sus lugares de trabajo; se veía por las aceras a niños y adolescentes que transportaban carteras y libros, y los tenderos, levantando los cierres metálicos con estrépito, abrían sus establecimientos. Las amas de casa más diligentes arrastraban sus carritos camino del mercado. Aparcó el coche en la misma plaza donde lo hiciera a mediodía. Notó de inmediato que los transeúntes le miraban no sólo

sorprendidos, sino también intranquilos. Lanzó su primera foto sobre un grupo de chicos que se dirigían a la escuela. Advirtió que el fogonazo del *flash* causó una impresión sumamente desagradable en todo al mundo, como si los habitantes del pueblo, en silencio, le reprochasen una intromisión en sus costumbres obviamente inadecuada. Franqueó la puerta de la taberna o mesón donde, unas horas antes, intentó pasar inútilmente.

Una barra larga ocupaba gran parte de un local estrecho iluminado tenuemente. Sólo había un cliente más que se tomaba una copa de algo amarillo. El camarero era un tipo anguloso y pálido que le miró con desconfianza.

—Quiero un bocadillo o un sandwich... ¿De qué lo tiene? —preguntó el hambriento Sergio Sánchez.

—Sólo servimos bebidas —respondió lacónicamente el camarero.

—Entonces póngame un vaso de leche.

—Unicamente refrescos y alcohol —indicó más lacónicamente aún el camarero, que, por su actitud general, parecía desear vivamente que se marchase de allí aquel intruso.

En la calle, al otro lado de la puerta encristalada del establecimiento, un buen número de personas se había reunido para observar al forastero.

—Bueno, ¿me puede decir dónde puedo comer algo?

El otro hombre de la barra, un anciano con el abrigo y el sombrero algo deslucidos, intervino entonces de manera más locuaz, pero con un tono no menos desconfiado o precavido.

—Aquí no se sirven comidas en locales públicos; se come en las casas, en los domicilios particulares. Es, ¿cómo le diría?, una tradición intocable, una costumbre sagrada...

Omito la descripción de los erráticos movimientos por la ciudad nocturna de Sergio Sánchez durante las cinco horas siguientes, cuando recorrió las calles insistiendo en los relámpagos de su *flash* y entre la

gente del pueblo se transmitió la inusual noticia referente a la presencia de un forastero que tomaba fotografías improcedentes y se fijaba demasiado en ciertos detalles de algunos establecimientos o edificios significativos de la localidad; incluso había pretendido abordar a determinados vecinos con preguntas sobre temas concretos (cuestiones que eludieron con un mutismo esquivo los interrogados) e intentó penetrar en varias panaderías cuyos responsables le cerraron tenazmente cualquier posibilidad de acceder al interior.

Hambriento y rendido, pero estimulado por un trabajo que podría constituir el reportaje del año, Sergio Sánchez penetró en un bar del centro a las dos de la madrugada, cuando todo el mundo había concluido su primera media jornada laboral y, presumiblemente, se marcharían a sus casas para comer. Al menos, se tomaría unas cuantas cervezas. El local estaba rebosante de clientes jóvenes que charlaban de todo produciendo una ruidosa conversación general. Una muchacha rubia, con melena corta y rizada, de ojos color miel y ademanes sugerentes, estaba sentada junto a la barra; una chica tentadora muy apetecible que parecía estudiante (tal podía ser la suposición inmediata al ver el bloque de libros que había colocado sobre el mostrador) y se identificaba en seguida con una de esas ninfas que dan la impresión de estar buscando siempre un novio de repuesto. Se dirigió hacia ella sin vacilar: le dijo que era periodista y preparaba un reportaje sobre Ritesti. Pidió una cerveza que se bebió con avidez. Ella contestó interesada y le miró a los ojos acariciadoramente desde el primer momento. Sergio Sánchez pidió la segunda cerveza.

—Este es un pueblo de panaderos... Servimos pan a toda la región, a Deva, Hunedoara, Sibiu, Fagaras; incluso llegamos hasta Arad y Timisoara...

—Pero, no lo comprendo... ¿Cómo es posible que el predominio de una industria que en todas partes es nocturna halla transformado aquí las costumbres de

tal modo que *todos* duerman de día y realicen sus actividades por la noche? ¡Incluso los niños van al colegio a horas disparatadas!

—Bueno, es así... No puedo decirle nada más. Para mí se trata de algo completamente natural. Siempre ha sido así, y lo fue del mismo modo para mis padres y mis abuelos...

—Increíble.

—Para usted, seguramente...

Permanecieron en silencio durante unos segundos mirándose mutuamente a los ojos en la tibieza humeante del local bullicioso. Se había producido un buen contacto. Sergio pidió otra cerveza. Justamente cuando el camarero se la colocaba sobre la barra con el gesto torvo que había esgrimido cada vez que se dirigía hacia él, se abrió la puerta del establecimiento para dar paso a dos individuos de uniforme que, a todas luces, eran miembros de la policía local. La chica, sentada de cara a la puerta, al otro lado del bar, los detectó en seguida entre el humo y las cabezas de animados clientes distraídos. Entonces ocurrió algo imprevisible. Ella cogió la mano de Sergio y tiró de él hacia el fondo de la barra, hasta una puerta situada tras un recodo, donde estaban los servicios y se almacenaban cajas de botellas vacías. Atravesaron un pasillo estrecho con olor a urinarios y, tras franquear otra puerta pequeña, accedieron a la calle.

—No te detengas, ¡corre! —dijo ella una vez que había ganado un callejón angusto y solitario.

—¿Qué ocurre?

—Te lo explicaré después... Vamos a mi casa.

Buscando calles poco transitadas, la muchacha le condujo hacia el oeste de la población, a una hora en que la gente permanecía reunida en sus casas comiendo y los barrios se veían escasamente transitados. Eran las 2,30 de la madrugada. Cruzaron una plaza grande con arcadas y, en una calle tranquila adyacente, la chica se detuvo ante una puerta con llamadores de bronce. Abrió con un pequeño llavín y Sergio penetró poco después en una vivienda silen-

ciosa, provista de un mobiliario anticuado, pero dignamente mantenido. Le condujo a través de un pasillo frío hasta el comedor, donde destacaba un tresillo deslucido y jarrones con flores de plástico.

—La policía te busca —le dijo ella mientras se quitaba el impermeable.

—¿Por qué?

—Seguramente no tienes el permiso del gobierno rumano para visitar Ritesti.

—No, no tengo ningún permiso, pero ¿hace falta eso?

—Sí, nadie puede acercarse por aquí sin sus papeles en regla...

—¿Y el motivo?

—Bueno, no lo sé exactamente... Tal vez tenga algo que ver con nuestra industria panificadora...

—¿Por qué has hecho ésto?

Ella no contestó. Se había sentado a su lado en el sofá. Tenía los muslos juntos bajo su falda marrón y las manos entrelazadas sobre las rodillas; parecía aguardar algo y miraba a Sergio con esa sugeridora expresión equívoca que un hombre corriente no es capaz de descifrar con claridad y duda durante unos segundos en besar a la chica que tiene enfrente, sin tener claro si ella espera eso o tan sólo que él siga sentado y hablando. Bueno, Sergio optó por besarla. No resulta necesario para la economía de esta historia detallar paso a paso de qué forma ella reaccionó vivamente después de ese contacto, cómo su cuerpo palpitante se aferró apasionadamente al de Sergio Sánchez e inició, entre suspiros y jadeos que parecían sumergirla en un éxtasis demasiado rápido y en exceso conmocionante, unas profundas maniobras amorosas que les condujeron, finalmente, sobre la alfombra gastada que cubría el piso del silencioso comedor, a un final aparatoso en el que Sergio se vio desbordado por una mujer abrumadoramente feroz, que le arañaba y le mordía emitiendo desconcertantes alaridos de placer, prolongados mucho más tiempo que el habitual en estos casos.

Cuando terminaron, amanecía, y el arriesgado periodista que había llegado a Ritesti en un empolvado Citroën 2 CV, tras veinticuatro horas sin dormir y sin comer, quedó sumergido en un sueño profundo casi en el acto.

Se despertó desorientado a las cuatro de la tarde. Un silencio intemporal cubría los ámbitos de la casa. Por las ventanas penetraba la luz de un día triste. Se había quedado dormido sobre la alfombra, y lo primero que sintió al volver en sí fue un hambre voraz y mucha sed. Se incorporó para buscar la cocina. En la puerta del comedor, clavada con una chincheta, descubrió una nota de la muchacha: «Espérame en casa. Volveré al anochecer». Antes de pasar a la cocina se fue al servicio. No había espejo. Le escocía el cuello, el pecho y la espalda, a la altura de los omoplatos; tenía los brazos llenos de rasguños y quería cerciorarse de cuáles habían sido los efectos cruentos producidos por las caricias agresoras de aquella tumultuosa mujer. Se tocó el cuello: advirtió, tanteando con las yemas de los dedos, dos incisiones hinchadas a la altura de la yugular. Dos orificios leves producidos sin duda por un ofuscado mordisco de la chica infligido en alguno de sus arrebatados delirios orgásmicos. Se sentía débil y reemprendió la búsqueda de la cocina. No había cocina. La casa tenía un comedor, un servicio, una especie de habitación de trabajo y otra estancia cerrada con llave que, por su situación al fondo del pasillo, parecía corresponder a un cuarto trastero. Pero no había cocina, al menos accesible. ¿Dónde preparaba su comida la chica? En una segunda inspección por la casa, al extremo del corredor, en la tiniebla de un recodo húmedo, descubrió un frigorífico pasado de moda, con las esquinas redondeadas y una niquelada palanca móvil para accionar la puerta. La abrió y vio lo que contenía: inmediatamente su cerebro realizó una relampagueante asociación de imágenes detestables que le impulsaron a llevarse de nuevo la mano a la yugular con un movimiento súbito. En el frigorífico no había ninguna

clase de provisiones habituales; tan sólo destacaban su presencia atroz tres frascos grandes llenos de algo que supo de inmediato que era *sangre*. Anotó en su mente, también, que estaba en Transilvania. No lo dudó un instante: se precipitó hacia la puerta de la calle dispuesto a abandonar aquella casa y aquel pueblo nocturnal cuyo secreto íntimo *ya conocía*. Con el insidioso sentimiento que sobrecoge a quienes quedan atrapados en lugares donde se presiente vivamente que acecha un peligro mortal, comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Entonces, presa de una excitación que se tradujo en oscuros resoplidos entrecortados y breves, corrió hasta la estancia cerrada del fondo del pasillo, resuelto a penetrar en ella. Cuando derribó la puerta descubrió, casi con indiferencia, justamente lo que esperaba: un ataúd de color marfil donde la chica apasionada dormía plácidamente. Regresó al comedor y se sentó en el sofá para aguardar a que se despertara. No tuvo incoveniente alguno, hacia las seis, en servirse un breve vaso de sangre para aplacar su hambre, mientras acariciaba con cierta satisfacción imprevista las dos heridas del cuello y pensaba sin horror que tal vez no fuese del todo descabellado instalarse en Ritesti para iniciar una nueva vida junto a aquella deslumbrante muchacha que, dormida en el féretro blanco, parecía más seductora que nunca...

Del cuaderno de notas de Sergio Sánchez

«Ritesti, 28-11-78.

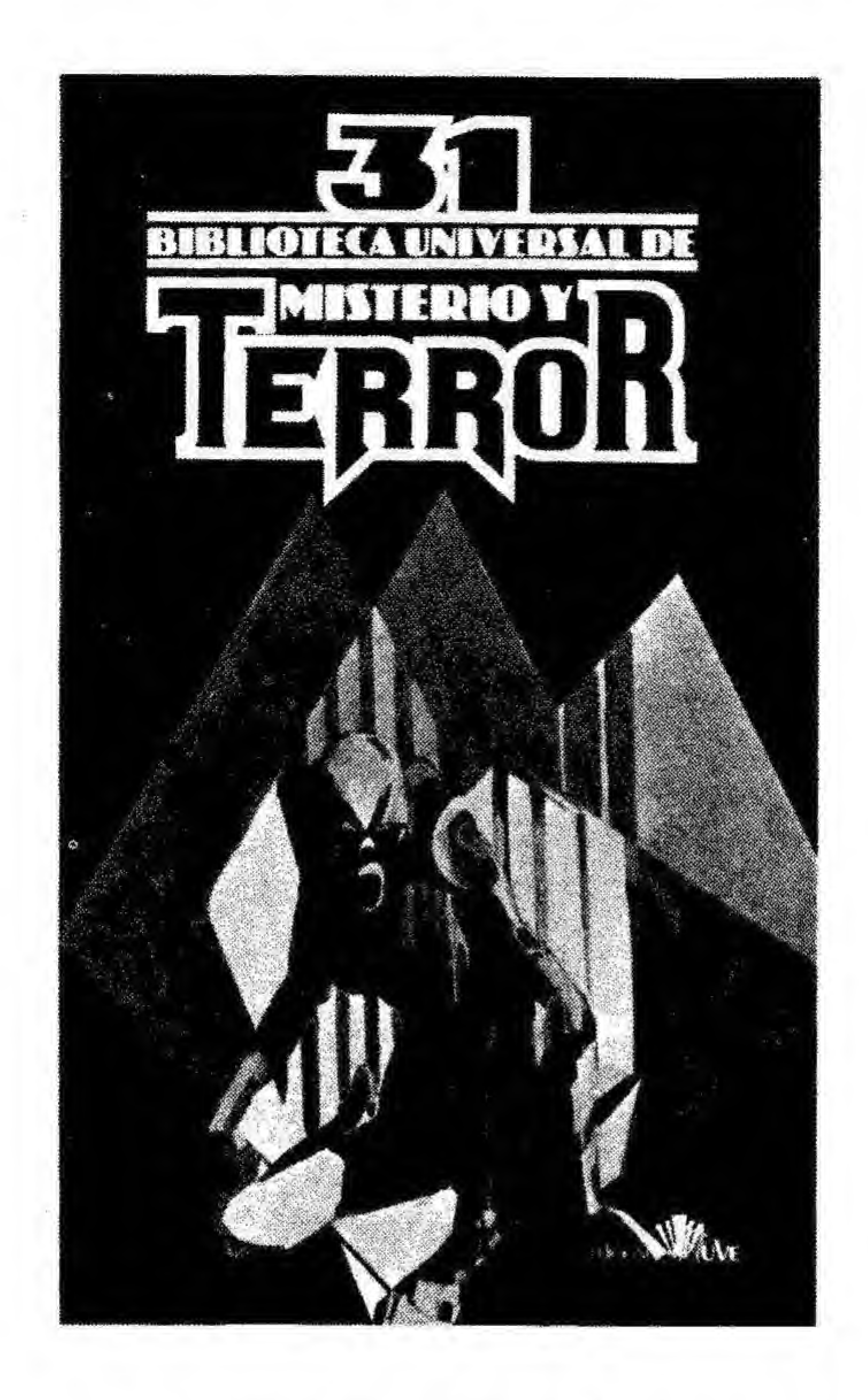
...pensaba que el problema de las autoridades locales consistiría en cómo justificar mi permanencia en el pueblo ante el gobierno de Bucarest. Pero ha sido sencillo; ellos ya tienen su truco para estos casos. El Gobierno permite la existencia de este municipio de vampiros como el medio más seguro para tener controlada a una especia que, en otras épocas, resultó

extremadamente peligrosa y macabra. Como todos los grupos rebeldes o marginados, cuando se encuentra la fórmula adecuada para ellos, se tornan dóciles e incluso útiles. No hacemos daño a nadie. Un adecuado intercambio de sangre entre todos los miembros de la población, resuelve la amenaza que antes supusimos para el resto de los humanos mortales. Semanalmente, en el Centro de Control, nos extraemos sangre que queda depositada en lo que llamamos «El Almacén». Después es distribuida equitativamente entre todos los vecinos. Las mujeres no van al mercado por las mañanas como yo supuse cuando llegué aquí. Se dirigen al depósito de nuestro preciado alimento y, mediante bonos, retiran la sangre precisa para una semana, según las necesidades de cada familia. Los niños necesitan una ración especial. Cada quincena, en camiones con inscripciones falsas insertas en sus carrocerías (*Servicio de Cereales del Estado*, por ejemplo), el Gobierno nos envía imprescindibles cargamentos adicionales de sangre que, sin saberlo, nos suministran candorosos donantes de todo al país.

Somos una comunidad pacífica y útil, y nuestros hijos crecen felices en un mundo que creen (y lo es) el mejor. Y, desde luego, el pan de Ritesti no tiene comparación posible con ningún otro. Sólo existe un problema: la tentación que supone la entrada en nuestro pueblo de un forastero o forastera desprevenidos. Si las autoridades no actúan con rapidez, expulsándolos de inmediato, es posible que caigan en manos de muchachos o muchachas ávidos de sangre fresca y exótica. Pero estos casos (muy raros por otra parte) no resultan excesivamente graves: esos forasteros, transformados en vampiros a causa de las mordeduras de alguno de nuestros conciudadanos, son asimilados en seguida por la población, que los acoge gustosa entre el vecindario. Las autoridades locales se hacen cómplices del suceso y, mediante una hábil prestidigitación administrativa, consiguen eludir la fiscalización que el Gobierno ejerce sobre nuestro

censo. Ese fue mi caso... La verdad, no me pesa en absoluto, todo lo contrario. Es preciso ser un vampiro, *serlo de verdad* como yo lo soy ya, para comprender la grosería vital en que transcurre la burda existencia de los humanos...»

PROXIMA APARICION



EL ATAUD ARAÑADO

MI ADORABLE DIABLO

LICANTROPO

LAS GUSANAS

DESDE MI SEPULCRO

TRAS CUALQUIER PUERTA

LA BOTELLA

LENTA SERA LA VENGANZA



LAS SOMBRAS
DE NATHAN KETCHUM

ENCUENTRO
EN LAS PROFUNDIDADES

LA DAMA DEL GRABADO

EL FINAL DE LA PARTIDA

EL CACHORRO

MONOLOGO A DOS VOCES

VIENTOS DE MUERTE
EN «GARGANTA DEL VALLE»

LOS COLMILLOS DE LA COBRA

LOS PANADEROS DE RITESTI